

La Esfera

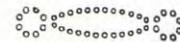
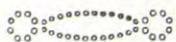
11 Marzo 1916

Año III.—Núm. 115

ILUSTRACION MUNDIAL



FELIPE IV, cuadro de Velázquez, que se conserva en el Museo del Prado



Artilleros ingleses salvando los caballos de un armón, ilesos después de estallar una granada alemana y de destruir el avantrén

DIBUJO DE MATANIA

PESADILLA ROJA

La guerra actual significa el fracaso de todos los ideales nobles en que se apoyaba la humanidad para descubrir, ensanchándolo, el camino hacia un mundo mejor.

Los pensadores, los sociólogos, se creían en la fase última de una fecunda evolución, cuyo término sería el imperio de la razón, de la fraternidad y de la justicia.

A este feliz reinado nos acercaban de consuno la ciencia con sus descubrimientos, la industria con sus adelantos, la filosofía con sus amplias y consoladoras visiones de los hombres y de las sociedades...

Aun, por egoísmo unos, otros por ignorancia, no pocos por miedo, gran número de mayorías ciudadanas, retrasaban el avance de las nuevas legiones; pero el triunfo era de ella. Advendría una hora en que la vieja sociedad, con sus organismos mohosos, desparecería para ceder paso a otra sociedad donde no hubiera, de nación a nación, fronteras geográficas, de individuo a individuo, prejuicios diferenciadores. El mundo todo un solo hogar. Toda la humanidad una sola familia.

Este era el sueño; la utopía del hoy que termina por hacerse realidad en el mañana. Muy remoto, entre abas neblinas, vislumbraban ese mañana los filósofos y los poetas, en visión de místicos. Solo que los místicos de antes ponían sus visiones de completa felicidad lejos, en el cielo de Dios. Los místicos de ahora la ponen también lejos, pero sobre la tierra de los hombres.

Mientras la utopía se trocaba en realidad, hechos positivos, conquistas asentadas, al parecer, en firmes cimientos, iban ensanchando los horizontes, estableciendo vínculos de fraternidad, de solidaridad entre los humanos. Gracias a esos hechos y a esas conquistas, podrían con-

tenerse las brutalidades de la fuerza; reprimirse la ambición de los poderosos; atenuarse la codicia de los explotadores; hacer imposibles los anhelos cesaristas de un déspota, ó las ansias dominadoras de una democracia rapaz.

Los intelectuales de todas las naciones, formaban una comunidad gloriosa que alzaría su voz en beneficio del derecho, cuando éste fuera atropellado. El socialismo, el internacionalismo, constituían un sólo ejército, repartido por todo el orbe para agruparse y combatir contra quien quisiera detentar las libertades y prerrogativas ciudadanas.

Para estos heraldos del mundo porvenir, cuando se tratase de sostener la justicia contra la injusticia, la razón contra la sinrazón, la debilidad contra la fuerza, no habría fronteras, ni nacionalidades. Andantes del futuro darían rostro a sus propios hermanos, si en maldad incurriesen.

Esto se pensaba... Y adviene la guerra y es el mundo una carnicería; y los intelectuales enmudecen, cuando no elogian la matanza ó coadyuvan a ella; y los socialistas, los internacionalistas, los humanistas, olvidando su programa de solidaridad, se agrupan bajo la enseña de sus respectivas naciones y se asesinan los unos a los otros.

¿Pueden concebirse un fracaso mayor? Lo que juzgábamos hechos positivos, conquistas seguras del progreso, no son tales hechos, no son tales conquistas. Sueños eran también y utopías; vana y hueca palabrería; disfraz, tras cuyos oropes, llamándose apóstol, soldado del futuro, se ocultaba el hombre ancestral con todo su egoísmo feroz. ¿Verdad que los acontecimientos actuales, parecen, no realidad positiva, pesadilla monstruosa, que se refleja en nuestro espíritu desde un espejo color de sangre?

¡Dos años de guerra mundial! ¡Millones y millones de combatientes muertos ó inutilizados para los trabajos de la paz; mujeres forzadas; seres indefensos caídos a hierro y plomo; poblaciones convertidas en ruinas; campiñas esterilizadas para el cultivo; la peste cediendo su trono al gas asfixiante; las fieras del aire al aeroplano y al zeplin; las fieras del mar al submarino y al destroye!...

¿Es verdad que tales iniquidades se cumplen en pleno siglo xx? ¿No es una pesadilla roja la que nos aqueja y perturba?

Y si no es pesadilla, ¿cómo perdura? ¿cómo la razón no se impone a la fuerza? ¿cómo los huérfanos, las viudas, las hembras deshonradas por la brutalidad del guerrero; los hijos y los hermanos de esas hembras, no alzan su palabra y su acción, contra los autores de tan bárbaros atropellos? ¿Cómo los intelectuales, los humanistas, los pacifistas, los socialistas, los internacionalistas, no recuerdan sus doctrinas y sus programas?...

Las mujeres acaso por débiles, por no percatadas de su poderío; los hombres de esas mujeres por tímidos ó por inconscientes. Los que se llamaban apóstoles, soldados, portaestandartes del progreso, porque llevaban un credo en la boca, no en la voluntad y en la conciencia.

Por eso, sólo por eso, continúa la guerra; por eso la pesadilla roja sigue adueñándose de la humanidad, reflejándose ante ella en el humo de los incendios y el acre olor de la matanza.

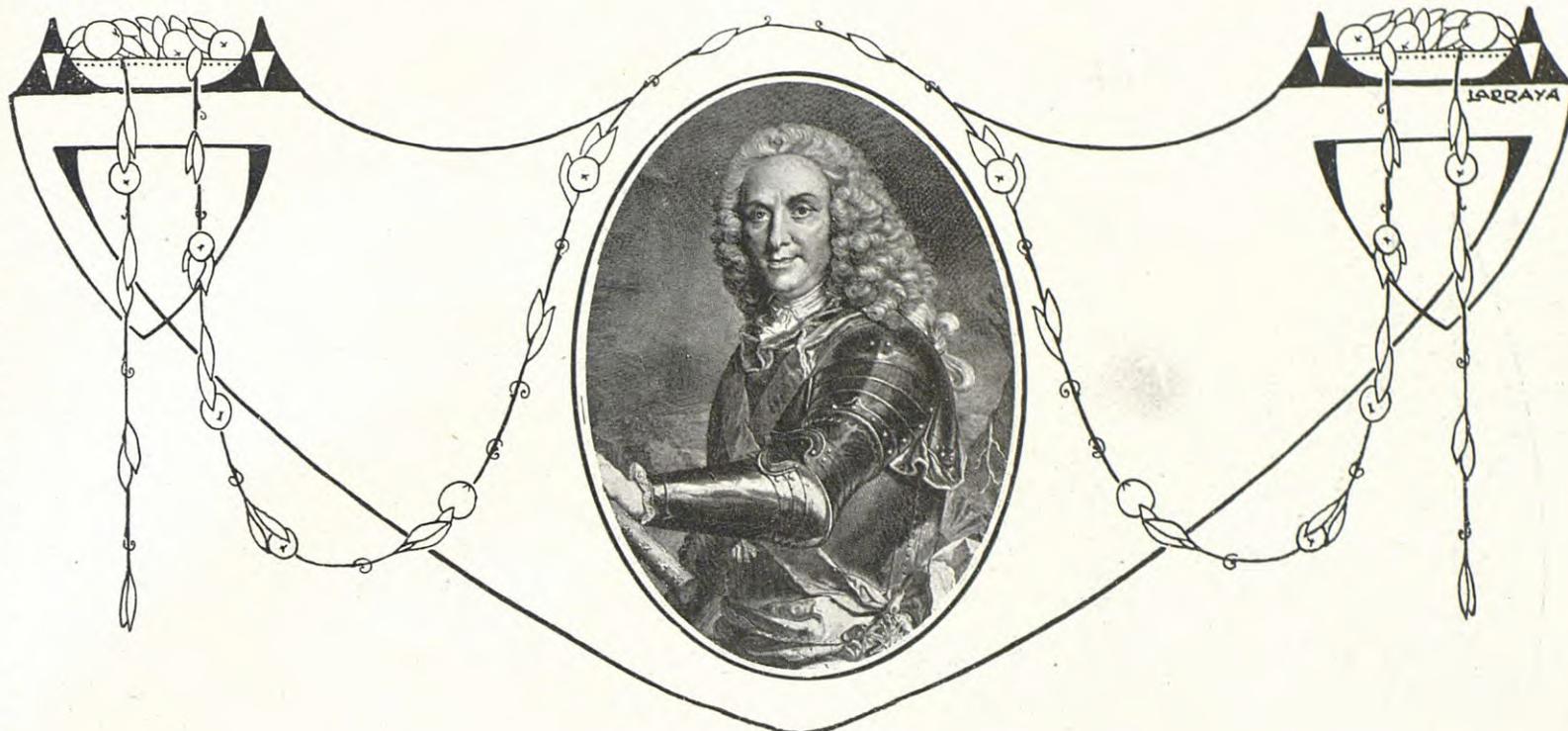
¿Qué voz tendrá fuerza suficiente a despertarnos?

Una comienza a oírse. Todavía es murmullo, pero murmullo formidable. Pronto será grito.

El grito del Hambre, desplegando a todos los vientos su bandera.

JOAQUÍN DICENTA

LA CUESTIÓN DEL DÍA LA ACADEMIA DE LOS DIALECTOS



FELIPE V



EL MARQUÉS DE VILLENA
Fundador de la Academia
de la Lengua

CON perdón de Felipe V, que nos tradujo al castellano la Real Academia de la Lengua y que creó un monopolio editorial de diccionarios y gramáticas, que debiera de tributar al Erario, como los explosivos ó las cerillas ó los tabacos, me permitiré decir que es preciso reformar los estatutos que huelen y saben á cosa vetusta y amojamada. O reformarlos ó interpretarlos con espíritu liberal y amplio.

Si juzgamos por el nombre de *Real Academia Española de la Lengua*, advertiremos que no debiera ser solamente la Academia de la lengua castellana, sino la Academia de todas las lenguas hispánicas, sean idiomas, sean dialectos, sean simples perturbaciones prosódicas como la lengua andaluza. No dejaría por esto la lengua castellana de ser la madre ó la hermana mayor ó la más afortunada y embellecida de todas las demás, salvo el vascuence venerable, de remoto y distante origen, ni por esto dejaría la Academia de la Lengua de cuidar y vigilar la limpieza, precisión y esplendor del habla de Castilla.

Antes, al contrario, la comunidad del catalán y el valenciano y el murciano y el gallego y el astur y por qué nó el portugués, en la docta corporación representaría una legitimación de estos modos de hablar, algunos de los cuales son tenidos por cosa espúrea y bárbara, indigna de gente limpia y bien educada. Aun suponiendo que algunos de estos dialectos ó todos ellos sean rudimentarios, y no puedan ser signos de cambio intelectual de la cultura contemporánea, debe considerarse que constituyen un tesoro filológico que no puede exponerse á que se pierda y desvanezca en los labios del pueblo y que debe recogerse y estudiarse con el mismo cuidado y entusiasmo con que se conserva un monumento arquitectónico.

No hay razón para entusiasmarse delante de unas viejas piedras romanas ó godas, árabes

ó del Renacimiento y abominar de unas palabras que nacieron por razones étnicas, sin duda, en breñales de la Patria y en la inspiración del pueblo y que están vivificadas por el espíritu de la raza.

Del estudio de estas derivaciones ó de estas formaciones gemelas del castellano, de su misma purificación no podría deducirse ninguna corrupción para el castellano, antes al contrario, su caudal podría enriquecerse con voces que en Castilla quedaron anticuadas ó no llegaron á formarse mientras que en los reinos colindantes nacían engendradas con raíces, desinencias, prelijos y sublijos del romance, padre común de toda nuestra habla. Y de ir á tomar neologismos en tierras luengas y extrañas ó de admitir barbarismos que nos vienen en el tráfico sin escrúpulos lingüísticos de los negocios comerciales, valiera más que buscáramos en Galicia ó en Cataluña palabras que no nos supieran á cosa extraña.

Mientras esto no se hace y el castellano mira receloso á los idiomas y dialectos que le rodean, como si uiesen á arrebatarle de pronto su cetro poderoso, y la Academia quiere encerrarlo y guardarlo en torre de marfil y pide amparo á la fuerza armada para que lo defienda materialmente, con prescripciones gaceterias y autos de tribunales y bandos de buen gobierno, la lengua española, la que andaluces y extremeños llevaron á América se desborda del Diccionario y se vá por cauces colombianos y nicaragüenses, chilenos y argentinos, bolivianos y costaricenses, peruanos y salvadoreños, paraguayos y mexicanos, uruguayos y cubanos y en cada nación, y de cada nación en cada región distinta, surge como enmarañada selva virgen un nuevo idioma, una cantidad tal de desinencias nuevas para palabras viejas, de palabras importadas de contactos extranjeros y de vocablos de formación indígena, que muchos libros que se publican en América no podemos entenderlos los españoles, apenas recojen unas cuantas frases del habla popular.

Así, mientras aquí andamos en tiquis-miquis sobre la licitud de cada regional á emplear en documentos ó actos públicos el idioma en que se sintió acariciado por su madre,—y no llegó á más el Zar Alejandro en la persecución del polaco,—en toda América, aquí con influencia italiana y allí con influencia yanqui, y en todas partes con la ingerencia bárbara de la indiada ó la gauchería se están formando nuevos dialectos españoles, gérmenes de idiomas del mañana,

porque esa separación, que comienza en modalidades de la prosodia y en diversas interpretaciones del vocabulario, se vá alejando de tal modo del idioma nuestro, que nadie podrá ya impedir su total desmembración del tronco castellano.

Ante este hecho, la Academia debe pensar que la custodia del idioma no puede ejercerse hoy como la imaginara Felipe V,—si es que este buen rey imaginó algo serio y no creó la Academia por puro espíritu de traducción, como en la Granja quiso traducir materialmente á Versalles.— Cuando la Academia se crea, el castellano desborda sobre el *Diccionario* purificador de autoridades, primero que componen nuestros doctos, la caudalosa y limpia corriente que mana de toda la Literatura del Siglo de Oro. Depurarle en una catalogación de palabras es obra sólo de erudición y de gusto. Pero ahora el problema es distinto.

De los seis tomos del *Diccionario* de autoridades, dos terceras partes están formadas por voces que se han anticuado, que se han olvidado y perdido, que no entendemos ni aun los poseedores de una mediana cultura y que, en vano, quieren resucitar á veces algunos de nuestros escritores. Por todas partes, no en América y en Cataluña sino en plena Castilla, y no en las rancherías y figones donde el pueblo se reúne, sino en los libros y en los periódicos, en el cultivo de las ciencias y las letras, surgen palabras nuevas, voces traducidas y adaptadas que el ingeniero, ó el médico ó el sociólogo no se cuidan de ver si tienen contextura castellana, si su raíz está en el latín ó en el griego ó en el propio castellano.

¿Contra cuál de estos enemigos de la limpieza y pureza del castellano deberá luchar antes la Academia?

¿Contra el neologismo, contra el barbarismo, contra el americanismo ó contra las demás lenguas hispánicas?

Sea la Real Academia, según su nombre y modifique sus estatutos, si es preciso, la Academia de España y cobije los dialectos al amparo del viejo árbol secular castellano y no mate estas semillas, sino oréelas, y déjelas que den sus frutos, que en tiempos estamos en que las torres de marfil no bastan para cobijar purezas ideales, ni con prescripciones gaceterias ni con autos de tribunales ni con bandos de buen gobierno puede ponerse dique á las palabras de los hombres...

DIONISIO PÉREZ



LOS FUNERALES DE PIERROT

Y mientras más andaban más parecía alejarse la piña de lucecillas del villorrio, aldea ó pueblecillo adonde dirigían los pasos aquellos peregrinos de la burla y la farsa.

Llevaban así caminando cerca de cuatro horas y todavía les quedaba, á buen seguro, una hora más de jornada. Salieron de Villavieja á media tarde, creyendo llegar en buena sazón, ó sea á primera hora de la noche, á Villanueva. ¡Sí, sí! No contaron con la espantosa nevada que los sorprendió en la mitad del camino, aterriendo sus cuerpos y entorpeciendo penosamente la marcha... Era una tempestad de nieve que les azotaba, casi les envolvía, y que iba tendiendo una mullida y blanca alfombra á todo lo largo de la interminable carretera...

Las risas cristalinas de Colombina, las bromas y burlas de Tonino, los madrigales amorosos de Pierrot, los glotonos besos de Arlequín á Casandra, los felinos lamentos de Lucinda y las maldiciones del viejo Polichinela, se perdían en el silencio espantoso y trágico de la noche sin horizonte, sin más norte y guía que las parpadeantes lucecillas del pueblo, que les arrastraba fascinándoles con promesas de cobijo, alimento y descanso... Ni la voz de un labriego, ni el ladrido de un perro, ni el aletear de un mur-

ciélagos, ni el gemir de un mochuelo... Nada se escuchaba en aquella sinfonía de obscuridad y de nieve... Al frente de la caravana iba Pierrot, vestido de blanco, con su mandolina colgada á la espalda y el lío de sus ropas y bártulos en la mano... Colombina apresuró su andar para unirse á él y colgándose mimosamente á su musculoso brazo, le dijo, entornando con desaliento sus soñadores ojos:

—Pierrot, estoy rendida... Me muero de fatiga...

Pierrot la miró amoroso, con una inmensa piedad de sus sufrimientos... La niña, alzando su cabezita de muñeca, continuó con dulce y apenada coquetería:

—Además, llevo frío..., ¡mucho frío!... y voy empapada...

A Pierrot, el romántico, el enamorado, se le partía el corazón con los sufrimientos que en aquella vida errante tenía que soportar su adorada Colombina.

—¡Oh! Colombina... ¡Pobrecita!... ¿Quieres que te lleve en brazos?...

Ella desechó el imposible.

—Mi pobre Pierrot... ¡No puedes!...

El, por toda contestación, la cogió de la cintura suavemente, y como á una muñeca, ó como á un niño pequeño, cargó con ella. Ella, con el

brazo derecho rodeando el cuello del payaso y con la linda cabezita apoyada en su hombro, reía satisfecha de tanto mimo en medio de tantísimo quebranto. El resto de la *compañía* acogió este arresto de Pierrot con carcajadas y bromas. El no hizo caso. Sólo gritó:

—Pues, oye, Arlequín; todavía me sobran fuerzas para tocar una melodía en la mandolina, puesto de pies sobre tu cabeza. ¿Quieres?...

—¿No te da lo mismo que te sirva de pedestal tu suegro, el viejo, Polichinela?... De esta manera, mientras que tú amas y él te sostiene, nosotros le arrebataremos la caja de los ahorros...

El calvo y ventruado Polichinela, al oír esto, apretó con más avaricia el cofrecillo de los cuartos y escupió una maldición de las suyas. Pierrot ya no contestó porque sus labios iban puestos sobre la boquita fría y sangrienta de su Colombina... Y así siguieron caminando largo rato... La nieve caía y caía con una tenacidad espantosa...

Pierrot amaba en Colombina su fragilidad de flor... Era un nardo, una violeta, una azucena... Su cutis parecía de biscuit... y sus ojos de muñequita de bazar... Cuando daba los saltos mortales y caía en sus brazos, él sentía el terror de que algún día troncharíanse sus manitas cual



dos hojas de nardo... Colombina amaba en Pierrot su fortaleza de acero... Para sus músculos de mármol, no había nada que se resistiese. Para su destreza era todo fácil; para su valor no existía el miedo. Pero aquella vida era espantosa. Así lo pensaba Pierrot, con desaliento, mientras que caminaba con su Colombina en brazos...

—Hemos de hacer algo, Colombina, para libertarnos de esta miseria... ¡Si yo consiguiera sacar adelante mi «Cable de la muerte»! Los empresarios se disputarían nuestro número y seríamos ricos..., y tú llevarías joyas y vivirías como una reina... Te quiero tanto, Colombina, que por vivir un mes, un solo mes, de plena felicidad, á tu lado, renunciaría á todo el resto de la vida y toda la gloria del otro mundo.

—Y yo también, Pierrot—musitó Colombina, á cuyo espíritu soñador y romántico se habían ceñido, como una blanda caricia, las apasionadas y cálidas frases de su amante.

¡Y volvieron á callar!...

Pierrot meditaba... «¡El cable de la muerte!...» ¡Si él consiguiera dominarlo!... Ya lo creo que cambiaría todo el resto de su penosa vida por un solo mes, vivido á plena felicidad, lleno de satisfacciones, repleto de comodidades que constituyesen la completa dicha de su dócil amante. Colombina, por su parte, con los ojos entornados, pensaba lo mismo... Y como contestación á sus reflexiones ambiciosas, oyeron

el agudo y plañidero gemido de una lechuza... Entonces los amantes sintieron un extraño calorífico y se apretaron amorosos en una sublime identificación de las almas.

Se hizo un silencio de expectación y, sobre la alfombra roja de la pista, bañada por la blanca claridad de los arcos voltáicos, apareció «*El Pierrot de la muerte*» seguido de su ideal *Colombina*... El silencio quedó roto en una ovación estruendosa... Eran los artistas deseados, los que con la sensación de catástrofe transían de emoción á los espectadores.

Por todas las esquinas de la gran capital aparecía la pareja de faranduleros en enormes cartelones, que representaban el momento más espantosamente emocionante de sus trabajos: Pierrot montado en una bicicleta que rodaba sobre un grueso cable, colocado á más de veinte metros de altura. Aquello era la muerte y sin embargo el payaso lo ejecutaba con la más alegre de sus sonrisas... Su rostro, pintado de albayalde, no expresaba el más pequeño temor... La gente no se explicaba esta suprema serenidad de Pierrot... ¿Qué sabrían ellos de las malditas noches de nieve y de hambre pasadas bajo la inclemencia del cielo y la indiferencia de la tierra?...

Y comenzaron su trabajo. A los acordes de un vals, Pierrot montó en su brillante y frágil bicicleta, sobre la cual hizo mil difíciles evoluciones... Su encantadora Colombina le seguía con

sus ojos apasionados y melancólicos... Al fin, llegó el momento supremo: el minuto de la muerte. Pierrot trepó agilmente por uno de los barrotes de acero hasta el alambre por donde había de deslizarse sobre su bicicleta... Cesó la música... Se contuvieron las respiraciones... Empalideció la bellissima faz de Colombina... El silencio, que era mortal, fué rasgado por un grito de alerta del payaso y en seguida su silueta blanca que, como una sombra, comenzó á deslizarse por el cable. Al llegar al centro la multitud dió un rugido trágico: Pierrot había perdido el equilibrio y, como un fardo, cayó sobre el suelo de la pista. Allí quedó muerto; con los ojos dilatados y fijos en el cielo como pidiéndole cuentas de su fatal destino... En su rostro enharinado quedaba estereotipada eternamente la risa trágica y la mueca sarcástica del enamorado payaso.

Y aquella noche, mientras se celebraban los funerales de Pierrot, que yacía rígido sobre una colchoneta del circo, alumbrado por cuatro gruesos cirios, el viejo Polichinela recordó que hacía un mes justo que «El cable de la muerte» les había redimido de la cadena de miseria que arrastraban de pueblucho en pueblucho... También Colombina, sumida en su congoja desesperada, recordó con horror el graznido de la lechuza.

EL CABALLERO AUDAZ

DIBUJOS DE ZAMORA

POR TIERRAS MALLORQUINAS
EL CASTILLO DE BELLVER



Vista del puerto de Palma. Al fondo, el famoso castillo de Bellver

DESDE el mar, mucho antes de que el barco que se dirige á Mallorca toque en el puerto, en el panorama sugestivo y grato que ofrece la ciudad á la curiosa mirada, sobre un fondo de montañas azules, atrae la atención una fortaleza que en la soledad de una altura yérguese altiva, rememorando tiempos remotos de esplendor y grandeza. Es el castillo de Bellver, famoso por los hechos que acaecieron en su recinto y en sus contornos desde que fuera edificado por el rey Don Jaime II en los postreros años del siglo XIII, y más interesante aún para los que rinden culto á las letras por haber sido prisión de un hombre ilustre, el insigne gijonés D. Gaspar Melchor de Jovellanos, uno de los escritores de más amplia cultura, de más sólidos y extensos conocimientos que ha tenido la nación española, y á quien se debe, entre las innumerables obras que ha legado á la posteridad, unas interesantísimas Memorias de la fortaleza en que estuvo recluído seis años, víctima de las intrigas envidiosas de la corte de Fernando VII, el débil soberano de tan infausta memoria.

Contemplado de cerca el castillo, la mezcla de elegancia y de solidez que ofrece la edificación hace pensar en que no solamente fué

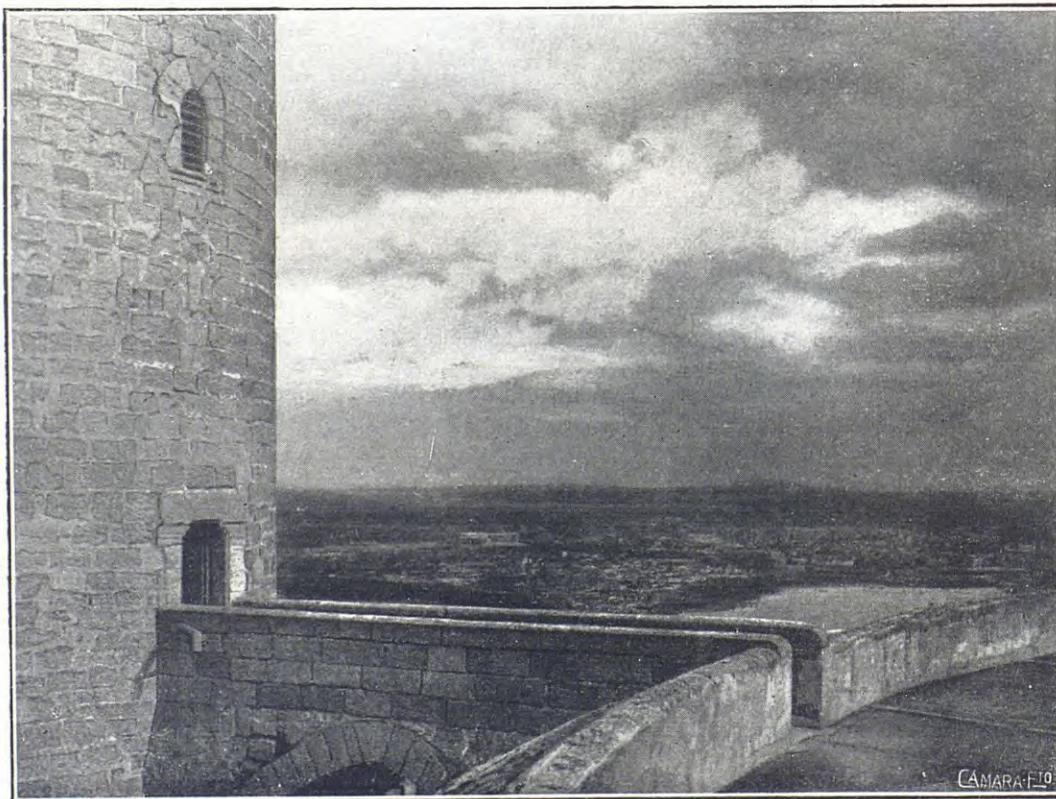
erigido para la defensa de aquella parte de la isla, sino que también pensó destinarlo Jaime II á residencia de recreo, lo que justifica la situación pintoresca en que se halla y da satisfactoria explicación á su nombre que en catalán antiguo significa *bella vista*.

No puede ser, en efecto, más sugestivo, más hermoso, el panorama que se ofrece á la con-

templación desde las estancias del castillo. La hermosa bahía, la ciudad con su caserío alegre y el cordón de montañas que sirve de fondo al paisaje, ofrecen un aspecto imponderable de belleza, aún más sorprendente por la enorme extensión que abarca la vista si se contempla desde una de las altas ventanas de la torre del homenaje que, como centinela avanzado, levántase aislada del fuerte, aunque unida á él por un pasadizo de piedra que en otros días fué un puente levadizo.

Construyó esta hermosa obra de defensa el arquitecto Pedro Salvá é hizo su decorado el pintor Francisco Caballer, por el mismo tiempo en que se convertía en palacio para residencia de la real familia el viejo alcázar de la Almudayna.

Según la descripción que de la obra se hace en varios libros, es la fortaleza de forma circular y de su muro sobresalen tres grandes albacaras redondas que interiormente se corresponden á manera de cruz, ocupando el sitio en que debía estar la cuarta, la cabeza del puente que conduce al homenaje. En los lienzos que entre ellas quedan sube arimado al muro un pilar que, rematando en un grueso collarino, recibe y apea el cono truncado que á su vez sustenta un garitón resaltado al nivel



Puerta de comunicación de la terraza del castillo de Bellver, con la torre del Homenaje, viéndose, al fondo, la ciudad de Palma y el puerto

de la plataforma. En la explanada comienza un talud de rápida inclinación que desciende á sumirse en el foso y que en otro tiempo debió exponer descubiertos á los tiros de las ladroneras á los que subían al asalto.

Más alta que el resto del fuerte levántase al Norte la torre del homenaje, rodeada por el mismo talud, que baja hasta el profundo foso.

Los odios de familia apresuraron la construcción del castillo, cuando Jaime II, advertido de lo poco que debía fiar en la lealtad de sus deudos aragoneses, comprendió la necesidad de robustecer sus medios de defensa.

La traición y la cobardía lo entregaron, como toda la isla, al usurpador Don Pedro el Ceremonioso, haciendo estériles la fidelidad y el denuedo del alcaide D. Nicolás Mari. La guerra civil pasó por él con sus horrores y las turbas lo asaltaron en 1521 dando muerte al gobernador y á los caballeros que en él habían buscado refugio.

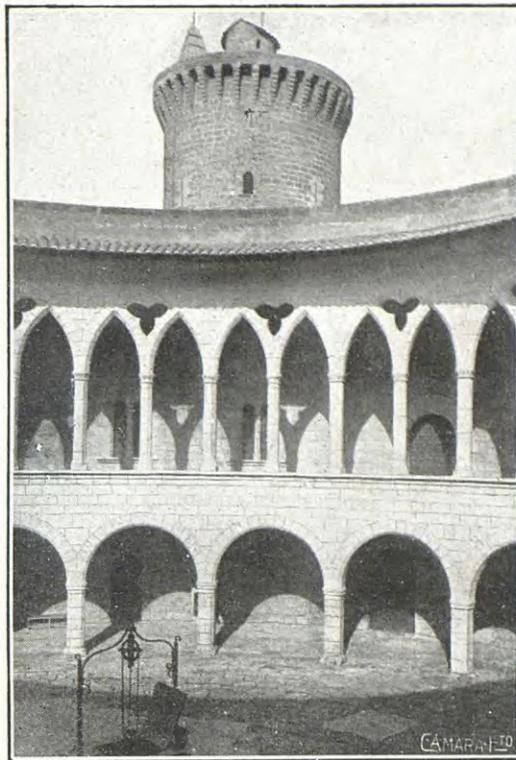
Desde aquellos tiempos hanse destinado á prisión algunas de las piezas en que se divide la torre del homenaje, en cuya horrida fué abierto el horrendo calabozo llamado *la Olla*, sin más luz ni más aire que el que podía llegar hácia aquellas profundidades por la angosta abertura del talud y la espesa saetera.

Servía de entrada á este calabozo, ideado por el más cruel sentimiento de inhumanidad, una abertura practicada en la bóveda, que se cerraba con una tapadera de hierro sólo abierta para descolgar al desventurado que había de vivir en aquel sepulcro y para enviarle los alimentos.

Horroriza pensar en los sufrimientos padecidos por los que allí condujo la barbarie de unos tiempos y de unas leyes que tenían por norma la venganza ruin sólo dispuesta á satisfacerse con el despiadado tormento.

El bosquejo de un mapa de la isla trazado en la pared, del que aún existen claros vestigios, recuerda los días en que el insigne Jovellanos opuso á las privaciones, á la cruel i gratitud y á los sufrimientos que le impusieron sus enemigos, la resignación y el estudio.

De aquellos días de soledad amarga, que se prolongaron seis años, hasta la caída del funesto favorito del rey, D. Manuel de Godoy, data la



Patio de honor del castillo

bella obra descriptiva de las bellezas de Palma, que se debe al ilustre preso, y en la que al tratar del castillo de Bellver hace tan acabada pintura de otros tiempos, que leyendo las hermosas páginas del insigne escritor parece resucitar con toda la fuerza de su colorido pintoresco la Edad Media, con sus figuras y sus costumbres, con su esplendor y su brillantez.

Pero esas imágenes tan gratas que evoca la fantasía de Jovellanos, refiérense á los días, muy breves, en que la casa mallorquina, rodea-

da del amor de sus vasallos y gozando de completa paz, pudo ver afirmada la independencia del reino, que otros recuerdos más infortunados, otros episodios más tristes de que posteriormente fué teatro, vienen á borrar de las páginas de la historia.

En los muros agrietados de aquella fatídica torre, en las ennegrecidas paredes de sus estancias, muchos nombres, muchas leyendas, grabadas por manos trémulas de dolor, recuerdan los seres desdichados que sufrieran el cruel cautiverio á que la inhumanidad de unas costumbres no refrenadas por leyes sabias y prudentes los condenara.

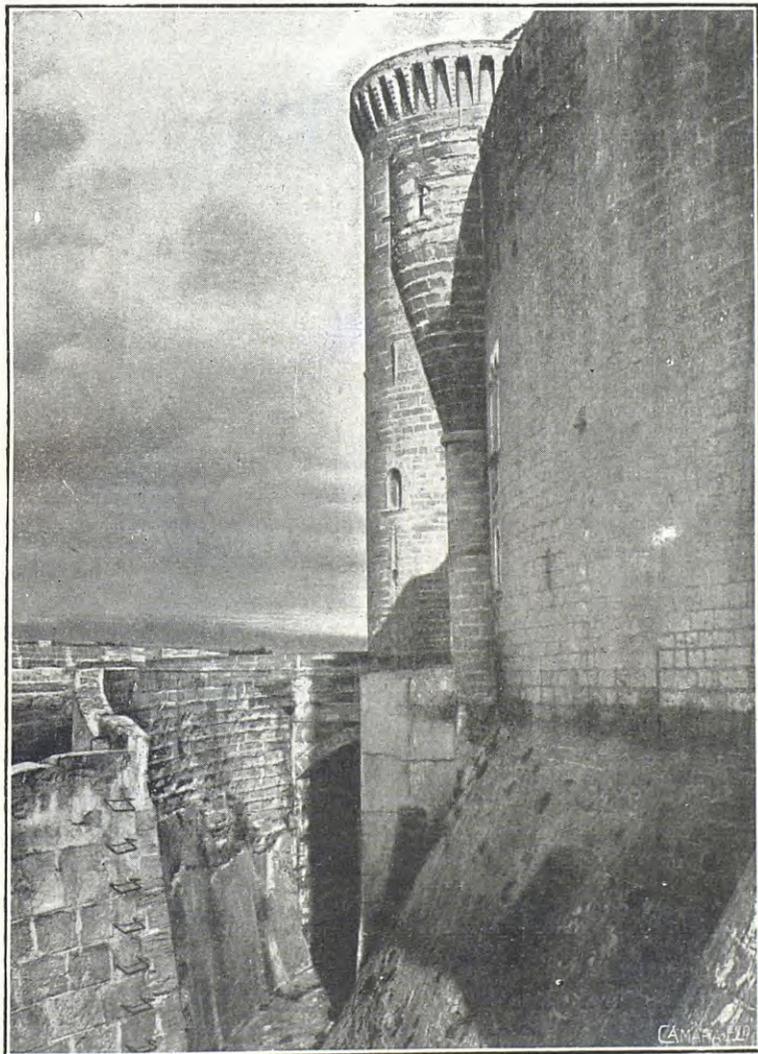
En aquella misma cueva inmunda estuvo también un general desventurado, cuyo recuerdo evoca una inscripción trazada en el muro como si hubiera sido escrita con un clavo, en la que se lee: «Sentado en este sitio Lacy, pidió pan al centinela, desfallecido de necesidad». Pero más infortunado que el literato gijonés, sólo salió del calabozo el general Lacy para ser fusilado, triste hecho que perpetúa una lápida colocada tiempo después en uno de los baluartes modernos que se construyeron en la barbacana á la parte del poniente, y que dice así:

«Aquí fué fusilado el Excmo. Sr. Teniente general D. Luis Lacy el día 5 de Julio de 1817, á las 4 y 10 minutos de la mañana, víctima de su ardiente amor á la libertad. La Patria recuerda con entusiasmo sus glorias militares y honra sus virtudes. Esta lápida es un pequeño tributo que ofrecen á su grata memoria la Milicia Urbana y los Liberales de Palma.»

También el general Martínez Campos sufrió prisión en el castillo de Bellver, siendo el último personaje que en este concepto permaneció en aquel recinto.

En el año 1915 se hizo entrega del famoso castillo de Bellver al Real Patrimonio, por el ramo de guerra y actualmente se cuida con el esmero que merece de la conservación de este edificio, que tan íntima relación guarda con la vida de Mallorca en los pasados tiempos y tan vivas y pintorescas imágenes evoca de los días de mayor prosperidad y grandeza de la hermosa isla.

JUAN BALAGUER



Fos del castillo de Bellver, en cuyo fondo, y en la base de la torre, está el calabozo llamado de la Olla



La gallarda torre del Homenaje, del castillo de Bellver
FOTS. A. BONILLA



UNA LUZ EN LA NOCHE

HABÉIS notado, en mi buque, esa impresión dulce y suave de un faro que os mira?... Es de noche ya; más allá de la borda hay una muralla de tinieblas.

Tiene todo el barco ese recogimiento casi religioso de la media noche; la herida de la proa en las aguas es de una animada fosforescencia, como si todo el día, todo el sol que visteis morir en el horizonte, se hubiese refugiado en la masa líquida y, al rasgarla el buque, sangrase luz.

Y la hosquedad de las tinieblas va entrando lentamente, profundamente, en el alma. Os explicáis las supersticiones marineras, las fábulas leídas cuando adolescentes...

El mar es triste, aunque en el barco brille el blanco de esmalte de los camarotes y de los pasillos, y haya una suave música en un saloncito confortable.

Os parece que todo el buque es un corazón, porque sentís los latidos isócronos de las máquinas, y os parece que ese corazón late con miedo, suspendido en un abismo de sombras.

Pero he aquí que, en el misterio profundo de la noche, luce un puntito de luz, lejos, lejos..., no sabéis dónde: en la negrura, porque cielo y mar son negrura.

Y el puntito de luz parpadea como un ojo amigo que os mirase maliciosamente. Y toda la tristeza del mar se atenúa, y creéis entender en aquella mirada de fuego, en aquel átomo de luz distante, un saludo cariñoso:

— ¡Buenas noches, amiguito! — traducís —, ¡Buenas noches!...

Y recogéis toda la tibia dulzura protectora de aquella pupila vigilante que os mira pasar desde los lindes del misterio.

Todas las luces que se ven en la noche tienen un alma; unas almitas microscópicas y diversas: la luz del mirador de una casa lejana, la luz de los barcos, la luz de las estrellas altísimas... todas la tienen.

Las luces de los puertos, guardan un espíritu formal. Ellas saben la importante misión que cumplen en el horror de las noches negras; que hay ciertas cosas transcendentales que de ellas dependen: acaso la vida de los hombres...

Por eso las luces del puerto, aun las pequeñas luces diseminadas aquí y allá, en los malecones, se esfuerzan en brillar aun en las horas de temporales, cuando las nubes pasan por la penumbra sideral, apresuradas y deformes, como monstruos que huyesen de un cataclismo.

Pero del mar inmenso y hosco llegan soplos gigantes de huracán; y el horror de la noche es mayor que nunca, y las olas tienen unos amedrentantes rugidos en los muelles y en las playas y en el canil...

Y entonces, como las almas de las luces son de mujer, se estremecen con un miedo sutil y tiemblan los cristales que las protegen; y ellas parpadean y oscilan, en alternativas de sombra, creyendo siempre morir, con un terror muy grande, en una lucha obstinada contra el viento.

Y entre todas ellas, una de verdes reflejos mira fijamente a la noche y escruta en el mar, en el misterio negral del mar, donde las linternas de los barcos suben y bajan, y cabecean y trazan curvas, en una zarabanda enloquecida.

Y el reflejo verde es, en toda aquella brutal violencia del agua y del viento y de la noche, también como una mirada cariñosa, ó como si la Esperanza hubiese dejado abierta una ventana y se viese la luz consoladora de su cuarto.

WENCESLAO FERNÁNDEZ-FLÓREZ

FOTOGRAFÍA DE ESPINAL

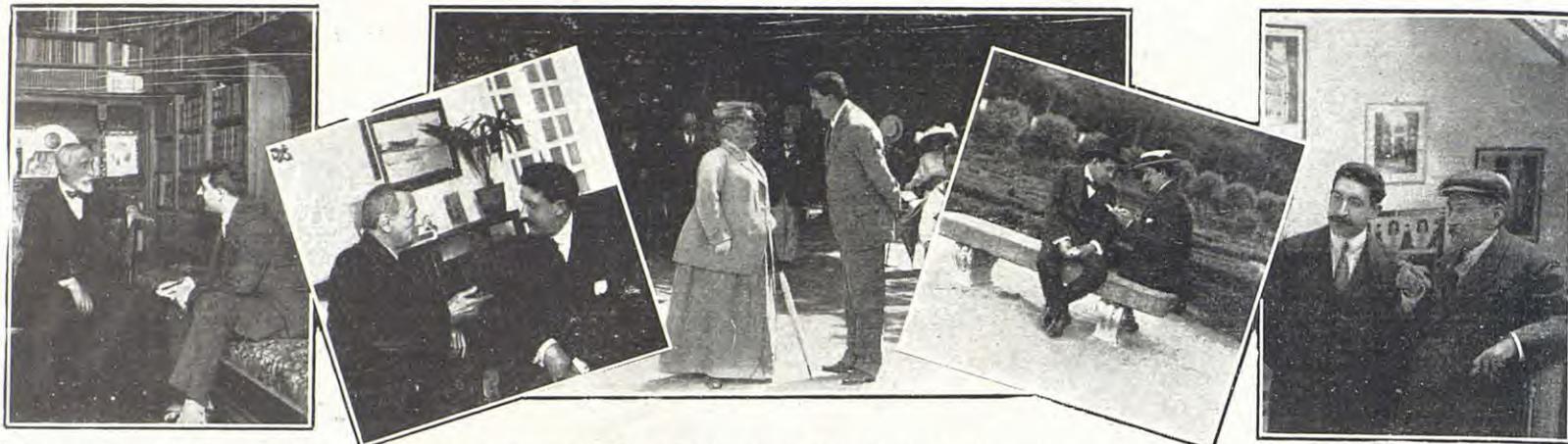
MONUMENTOS ESPAÑOLES



DETALLE DEL PATIO DE LA CATEDRAL DE TOLEDO

FOT. SOL

GALDÓS Y "EL CABALLERO AUDAZ"



"El Caballero Audaz" en sus conversaciones con Maura, Dicenta, la Infanta Doña Isabel, el maestro Vives y Pérez Galdós. FOTS. CAMPÚA

Con el título de «Lo que sé por mí», tan sugestivo y tan exacto de lo que en sus páginas aguarda pleno de interés y de emoción, acaba de publicar nuestro querido compañero «El Caballero Audaz» un libro. Figuran en él parte selecta e importantísima de las entrevistas celebradas por «El Caballero Audaz» con las personalidades ilustres de nuestra España contemporánea, ó con figuras pintorescas de accidentada y dramática vida. La personalidad de nuestro querido compañero se ha de tacer de un modo luminoso y neto al mismo tiempo en las páginas de LA ESFERA. Las vistas firmadas por él han sido y siguen siendo uno de nuestros más legítimos orgullos y le acreditan, además, de maestro en un género tan espinoso y difícil que antes podrá recoger ajenos descontentos que gratitudes ajenas. Y sin embargo, la más decisiva muestra de cómo supo «El Caballero Audaz» interpretar fielmente las palabras y las ideas de los personajes á quienes visitara, está en las postdatas con que todos y cada uno de los entrevistados epilogan ahora, en el libro, las confesiones del ilustre periodista. Nosotros nos limitamos, pues, á reproducir el hermoso prólogo que para la obra de José María Carretero ha escrito el patriarca de las letras españolas, D. Benito Pérez Galdós.

DE las páginas de LA ESFERA, que son como una floresta riquísima de arte pictórico y literario, sale *El Caballero Audaz* armado de su curiosidad penetrante y de todas sus habilidades capciosas para correr en busca de caracteres que escudriñar y almas que vestir de forma corpórea. Si alguna vez los ingenuos le facilitan su labor de retratista, en las más veces tiene que desnudar á los reservones que ocultan sus pensamientos con espesos disfraces. Así construye *El Caballero* sus famosas entrevistas. ¡Ah, las entrevistas! Este terminacho estrambótico se me atraviesa como espina que se clava en mi lengua ó un pelo que se enreda en los puntos de mi pluma, y lo desecho, lo arrojo del papel, sustituyéndolo por la expresión más castiza de coloquios, y mejor aún, confesiones.

No puede dudarse que *El Audaz Caballero* preguntón posee las cualidades precisas para el cargo de confesor de gentes. Se reúnen en él la prestancia personal para vencer la esquizofrenia del confesado más escamón, la dulzura de su palabra un tanto cecosa, la tenacidad interrogativa que nunca desmaya, la sutileza de su pensamiento para buscarles las vueltas á los que no se entregan sin rodeos ó enrevesados eufemismos.

Completan las aptitudes del confesor para este oficio una cortesía perfecta y una exquisita frescura, tomada esta palabra en el sentido más laudatorio, equivalente á la serenidad apacible frente á los secretos de estado ó de conciencia que intenta descubrir. Si le despiden, vuelve; á las agrias repulsas contesta con sonrisa fría y bondadosa, y acaba siempre por ser amigo de los que le dan materia para sus interesantes monografías, y sobre todo, es un psicólogo enorme.

Variadísimo es el contingente de personalidades fotografiadas espiritualmente por *El Caballero Audaz* para llevárselas como figuras de exhibición á los pórticos floridos de LA ESFERA. En su rico museo hallamos una Infanta de España, tan caritativa como popular, viajera incansable; una dama ilustre, viuda de un insigne político que, desgraciadamente, ya no existe; otra dama que figura en primera línea en el principio de las letras castellanas; el Rector de Salamanca, á quien no podemos separar de aquel título aunque no lo desempeñe ya oficialmente; el ilustrado fraile rector y director de la residencia de los Padres Agustinos de la calle de Valverde; escritores tan brillantes como Palacio Valdés, Pío Baroja, *Azorín*, Martínez Sierra, Manuel Bueno, Picón, el maestro Cavia, los compositores Vives y Serrano, el precoz artista Pepito Arriola, los eximios artistas María y Fernando y Enrique Borrás...

Para modelar estas nobles figuras no ha tenido *El Caballero* que extremar sus cualidades indagatorias, pues los retratados son fáciles á la investigación y entregan sus pensamientos, sus actos y todo su bagaje biográfico con poca ó ninguna reserva. Unamuno nos muestra en la confesión su alta mentalidad y no disimula la fulgurante independencia de su criterio en todo lo concerniente á la literatura y á los hombres que la profesan. La gran doña Emilia en su con-

fesión es la reina de la prosa castellana, y además, la irreductible defensora de los fueros del feminismo; Palacio Valdés se revela como maestro incomparable de la novela contemporánea; Cavia es Cavia, el hombre que no quiere ser nada y lo es todo; *Azorín*, Baroja, Picón, Bueno y Martínez Sierra salen de las manos de *El Caballero* con todos los rasgos y caracteres de su indudable valía; Luca de Tena casi no necesita confesarse, pues basta decir su nombre para que se vea el afortunado creador de tantas industrias tipográficas y artísticas. Del ambiente en que viven estas figuras y otras no menos altas desciende el infatigable preguntón al bajo fondo en que hormiguea la familia gitanesca. ¡Oh, qué cuadro tan bonito el de las Cambroneras! Viérais al elegante *Caballero* confundido, democráticamente, con la gente cañí, escudriñando sus costumbres, su vida, sus manejos, sus maullerías. *El Audaz* *gachó* les habla en su lenguaje, pues lo conoce muy bien, y sabe ser tan picaresco, tan salado y embustero como la caterva cañí.

Para poder apreciar las dotes indagatorias de *El Caballero* preguntón hemos de seguir á éste en el estudio de otras figuras donde muestra su perspicacia, así como su inventiva. Sin hipérbole puede asegurarse que el coloquio con el pretendiente don Jaime de Borbón es una obra maestra. Cómo descubrió á este príncipe en Madrid, adonde vino de incógnito; cómo le siguió por calles y plazas hasta verle penetrar en el Ideal Room, nos lo cuenta Carretero con una precisión de detalles que supera á la realidad. Dentro del afamado comedero de la calle de Alcalá, el confesor se aproxima sutilmente á la mesa que ocupa el infante proscrito y se pone al habla con él, empleando todo el donaire y agudeza compatibles con la urbanidad más exquisita. Don Jaime, hombre de mundo, baqueteado en lides de todas clases, hecho á prescindir de etiquetas sin menoscabar la dignidad de su jerarquía, acoge con afable sonrisa las osadías de *El Caballero preguntón*. Entre ambos se establece una simpatía de buen tono: el príncipe muestra al confesor una petaca de oro con emblema en brillantes; de frase en frase, Carretero lleva el palique al terreno político y diplomático; don Jaime dice lo que le conviene; *El Audaz* quiere saber cómo entró en España su interlocutor y cómo piensa salir. El periodista español trata con sutil ingenio de arrancar al proscrito el secreto de su actitud en el presente y sus planes para el porvenir; pero en este punto don Jaime pone á su espontaneidad un gracioso freno, haciendo entender á nuestro amigo, discretamente, que no debe llevar adelante su indagatoria. Terminada la entrevista, y publicada en LA ESFERA, cuantos la leyeron tuvieronla por exacta copia de la vida real. Mas pronto vino la desilusión, al leer al pie del coloquio la fecha del 28 de diciembre, día de los Santos Inocentes. *El Caballero Audaz* nos había dado la más deliciosa de las inocentadas.

Y ahora pregunto: ¿Es también una graciosa fantasía de *El Caballero* su coloquio con un multimillonario mejicano llamado Ratner? Acompaña á este coloquio el retrato de un joven, en quien

algunos han querido reconocer á un escritor español que ha cultivado las letras castellanas, cosechando en ellas más parabienes que millores. Pero esto es un suponer caprichoso, contra el cual protesta *El Caballero* por medio en boca de su interlocutor relatos y noticias de la revolución de Méjico y rasgos y toques biográficos de los inúmeros dictadores que, como caballitos de un *Tiovivo*, se suceden en aquel tan bello como infortunado país. Bien confesado queda el ricacho mejicano en la monografía que de él ha trazado, con habilidad suma, el periodista español. En el curso de la conversación aménisima el Creso americano se corre á ofrecer al amigo Carretero un brillante de gran precio, el confesor se abstiene de aceptarlo con delicada negatividad. Pero el archimillonario insiste, y al decirse le regala mil águilas, de las cuales participamos (en principio) los amigos.

No concluiré esta breve prelación sin sacar á cuento la obra culminante de *El Caballero Audaz*, que es, á mi juicio, el coloquio con el rajah de Kapurtala y su bellísima esposa la princesa de Kapurtala, *née* (como dicen los revisteros de salones) Anita Delgado. En esta hermosa confesión Carretero prefiere á la invención la realidad, y abrazado á ella se lanza al espacio luminoso de las *Mil y una noches*, iluminándolo más con el fiel retrato de los hechos. Con singular acierto pinta á la gentil malagueña ganándose el pan honradamente en un modesto *kursaal*; la interroga, la confiesa, y la pobre criatura se muestra dolorida de las maliciosas apreciaciones de algunos periodistas desaprensivos. Anita, ya princesa de Kapurtala, habla de esta página de su vida con una sencillez, una modestia y sensibilidad encantadoras.

El príncipe indio se prenda de ella, y manteniéndose invisible, la obsequia mandándole ramos de flores y esquelitas amables, de las cuales ella no hace caso. Todo lo que sigue, el viaje de Anita á París, conducida por elevados personajes de la corte del príncipe; la estancia en París, alojada en un hotel magnífico, con servidumbre, maestros, paseos á caballo y mil y mil comodidades y grandezas dispuestas por el príncipe, que permanece siempre invisible, compiten en interés novelesco con *La lámpara de Aladino*, sin que en ello intervenga ningún agente maravilloso. Sigue luego el viaje á la India con gran boato y acompañamiento de próceres orientales; vienen después las bodas, las cuales son de tal magnificencia que la fantasía más desenfrana no puede imaginarse nada semejante. Se casan. La princesa es feliz; adora á su esposo y éste se mira en ella. Ved aquí el más esplendoroso cuento no de las *Mil*, sino de las siete mil y pico de noches. Y lo más bonito del caso es que el cuento de Anita Delgado no es cuento, sino verdadera historia.

Vivimos ¡ay! en tiempos muy desdichados, que dejarán tras sí una historia terrible. Almas temblorosas, para consolaros de tantos horrores, volad á la India, y recreaos en la ventura incalculable de nuestra compatriota la princesa de Kapurtala. — B. PÉREZ GALDÓS

LA ESFERA
LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



Tríptico del trascoro de la Catedral de Palencia, magnífica obra de la escuela flamenca

FOT. DE LUIS R. ALONSO

Es una de las obras maestras de la escuela flamenca. No se sabe con certeza quién sea su autor. Pero sea quienquiera es una verdadera maravilla. Representase en el centro a Nuestra Señora de la Compasión, teniendo a sus pies al obispo D. Juan Rodríguez de Fonseca, que lo hizo pintar en Bruselas en el año 1505, y en los demás cuadros, los Siete Dolores de la Virgen María. En perfección de dibujo y de colorido es digna hermana de las obras maestras de Van Eyck, de Metsys, de Van der Weyden.

Pero si maravillosa es la obra, no menos maravillosa y digna de todo elogio es la reproducción fotográfica hecha por D. Luis R. Alonso, un gran artista del objetivo y hombre de una cultura artística verdaderamente extraordinaria. El Sr. Alonso ha reproducido, pieza por pieza, las distintas escenas del tríptico, con una paciencia y una maestría insuperables. Con igual intuición y con el mismo fervor artístico y con igual perfección, ha reproducido todas

las joyas de Arte que atesoran Palencia y su provincia. Y tiene decidido proseguir su recuesta fotográfica por todas las demás provincias de España. Una obra tan meritoria y que tan pocos cultivadores halla—y se explica por las enormes dificultades que ha de vencerse, empezando por las económicas y con luyendo por las personales de la ignorancia ó de la desconfianza de muchas personalidades propietarias de obras valiosas—no sólo merece el aplauso y el aliento de todos los amantes del Arte, sino también la protección oficial otorgada de modo decidido y sin mezquindades para que sea eficaz, y es de esperar—y aun podría asegurarse que así será—que el gran espíritu de artista y de escritor que es D. Julio Burell, desde el Ministerio de Bellas Artes, donde sólo elogios está granjeándose, hará que el Estado tome bajo su protección la labor del señor Alonso, que además puede ser de inapreciable utilidad para el Catálogo oficial que de la riqueza artística se está confeccionando.

CUAL habrá sido el origen filosófico de la tradición caballeresca y cínica del incansable, peligroso y contumaz burlador de mujeres, que, en todas ó casi todas las regiones españolas, vive con perdurable existencia espiritual entre mil leyendas y mil consejas?

Don Miguel de Mañara, D. Félix de Montemar, Jacobo de Grattís, D. Juan Tenorio... he aquí otros tantos nombres en los que no sabemos qué habrá querido simbolizar el pueblo creador ó propalador de sus verdaderas ó supuestas historias.

Porque cuando se medita acerca de la vida algún tanto reprochable de aquellos seres indómitos y viciosos, sin sentimientos humanos, desprovistos de aquella noble ternura que ante los débiles y más aun ante la mujer por su triple debilidad de sexo, de condición y de alma, debemos experimentar, no sabemos qué misterioso é intrincado casuismo puede servir de atenuación ó disculpa á la conducta de los que sin ningún respeto á la moral infinita é inmutable, procedieron. Ni aun atribuyendo su existencia más ó menos arbitraria é irreal, á la necesidad de buscar contrastes entre la inmensa maldad humana y la no menos inmensa bondad del cielo, logramos una explicación sentimental aceptable y convincente de esa especie de inmortalidad otorgada á los que escarnecieron la virtud, engañaron la infantil y amorosa credulidad femenina y doncellil, y mancillaron venerables canas con el lodo sangriento de la deshonra...



Quizás nos hayamos separado un poco con estas disquisiciones preliminares del relato que la tradición nos cuenta acerca de la antigua calle de las Victorias, hoy de Valverde. Pero algo de ello era necesario para ver hasta qué punto la propia imaginación popular creadora del vulgar tipo del bajo y lascivo calavera mujeriego y manirroto, elevándose sobre sí misma, logró fijar en un episodio aparentemente frívolo y pueril, el eterno triunfo de la gracia y la inocencia sobre la contumacia y la soberbia de aquellos piratas de corazones, corsarios del amor.

¿Héroe de este relato sugestivo? ¿Protagonista de este episodio poético? El *Caballero de Gracia*, ó Jacobo de Grattís, que tanto llena con sus prestigios y malandanzas la vieja historia del Madrid antiguo, el propio fantástico personaje á quien D. Carlos Cambrero y D. Hilario Peñasco, quisieron redimir á punta de eruditas plumas de las vergüenzas de una tradición escandalosa y profana...

¡Jacobo de Grattís! Es el Tenorio madrileño, cuya capa roja arrastró por el suelo de la impureza el Demonio de la perversión: es el Tenorio insolente y bravo, de blanca pluma agitada en

su cabeza por el viento de la soberbia, y del cual nos ocuparemos más extensamente al hablar de la calle del Desengaño y de la del Caballero de Gracia, que también le deben el origen de sus nombres...

Y hablemos ya del de la calle de Valverde, objeto principal del presente artículo.

Habitaba en ella un rico y noble caballero llamado D. Juan de la Victoria Bracamonte, sabio y prudente varón, fiel cumplidor de sus deberes, hombre dado á la virtud, y que se rindió á la muerte cuando llegó el fin de su existencia terrena, con aquella serenidad con que la acogen los que vivieron sin pesadumbre ni agobios y detrás de ellos solo dejan perdurables afectos y una flor de melancolía é inextinguible recuerdo en el alma de sus deudos, de sus familiares, de sus amigos...

Heredáronle dos nietas, á las que llamaban las Victorias, y que dieron á la calle el primitivo nombre señalado por nosotros anteriormente. Jóvenes de extraordinaria belleza, eran modelo de recato y honestidad. Parecía que su hermosura, desconocida era por ellas mismas, que lejos de complicarla con los recursos de la coquetería, hacíanla más resplandeciente con el adorno de la sencillez y de la modestia.

No se sabe cómo, vió á una de ellas cierto día

Jacobo de Grattís que se dedicó á partir de aquel momento á cortejarla, apelando para su seducción á todos los medios que su experiencia en aquellos menesteres le sugería. Serenatas nocturnas, soborno de viejas y rapaces dueñas, cartas amatorias é incendiarías, trovas, músicas, obsequios de toda índole fueron ofrendados por el impaciente galán que constantemente desairado no cesaba en sus locas ambiciones.

Consagróse á rondar la casa de la virtuosa joven, y ante sus ventanas, veíasele constantemente, paseando, esclavo de sus frenéticos anhelos.

Y una noche en que como de costumbre rondaba la casa, vió salir de ella y dirigirse hacia él dos sombras que sin decir palabra le acometieron. Lucharon largo rato—el caballero era diestro en el manejo de la espada—y al fin hubo de caer herido, víctima de una estocada certera.

Rindió su estoque á su vencedor que descubriendo el tapado rostro resultó ser la adorada de Jacobo, que desde aquel instante empezó á ver en su vida la intervención sobrenatural de la Providencia que le llamaba al camino del arrepentimiento y la expiación.

¿Curó la herida del vencido, con blanca, perfumada y tibia mano su vencedora?

¿Rindió aquella virtuosa fortaleza la compasión, tan fiel aliada del amor en el alma de las mujeres?...

La tradición no lo dice.

Omítelo, creyendo que en aquella aventura lo fundamental era el triunfo de la gracia y la inocencia sobre el pecado y la vanidad, y, lo accesorio, los incidentes de aquel peregrino lance...

Murieron también las Victorias, transcurridos algunos años. El recuerdo de su belleza fué apagando. Pero la tradición crédula y piadosa conservó el de sus virtudes. La calle así llamada en honor de las dos hermanas, durante algún tiempo, cambió su nombre por el que actualmente lleva y que nada dice al corazón ni á la memoria, por deber su modificación á topográficos accidentes ajenos por completo á toda suerte de sucesos legendarios.

En la calle de Valverde, ya en tiempos contemporáneos, estuvo instalada la redacción de «La Iberia», el inolvidable periódico de Sagasta y Calvo Asensio, que tuvo tanta significación política y literaria y donde esgrimió sus armas aquel escritor exaltado, revolucionario y desprendido que se llamó Carlos Rubio, que fué el Desmoulin de nuestra revolución de Septiembre y hoy es casi desconocido por las nuevas generaciones, que tanto podían aprender con su alto ejemplo.

JUAN LÓPEZ NÚÑEZ

DIBUJO DE ECHEA

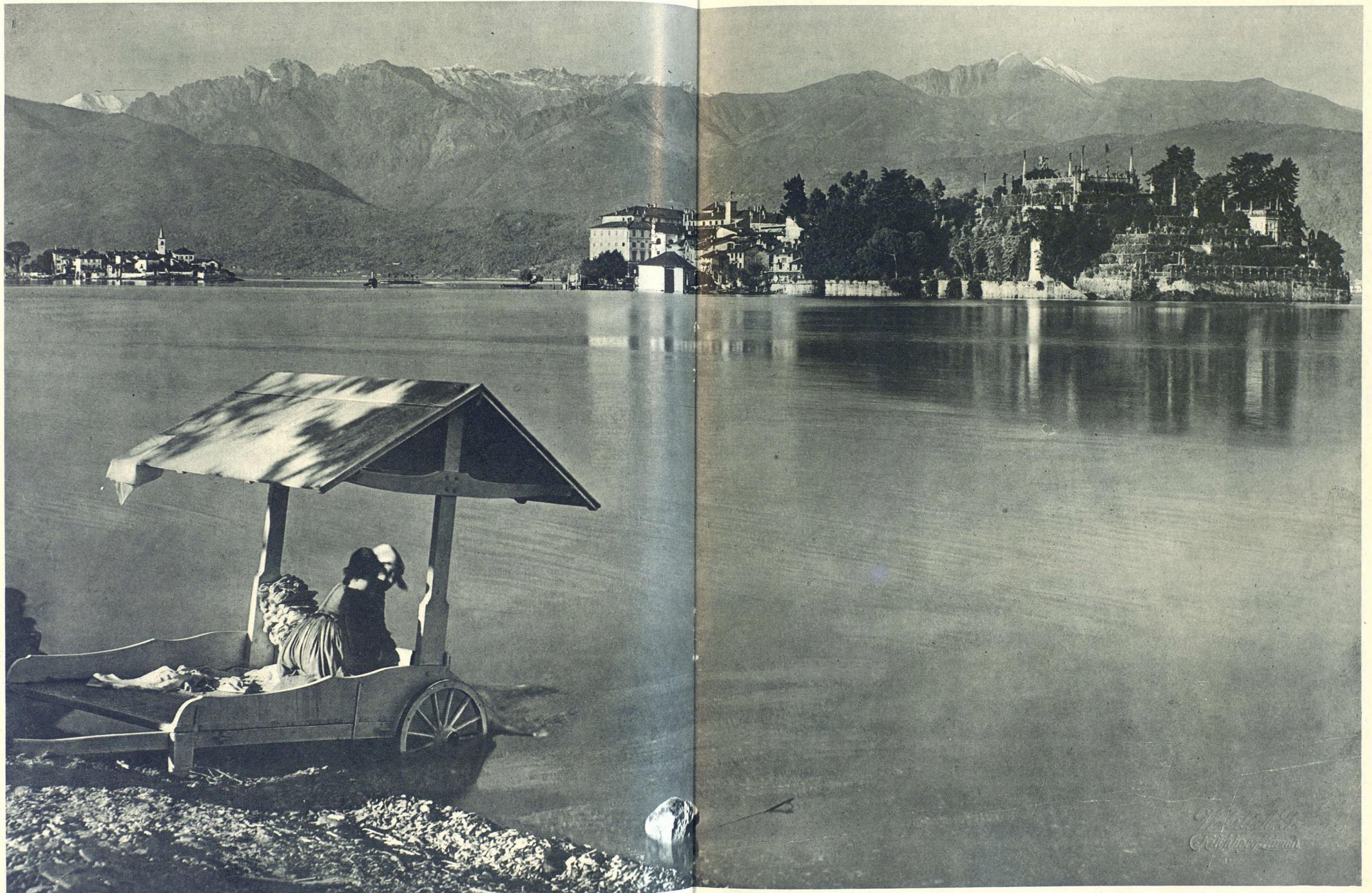
LA ESFERA

LA FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA



EL PEQUEÑO HORTELANO

Fotografía de D. González Ragel

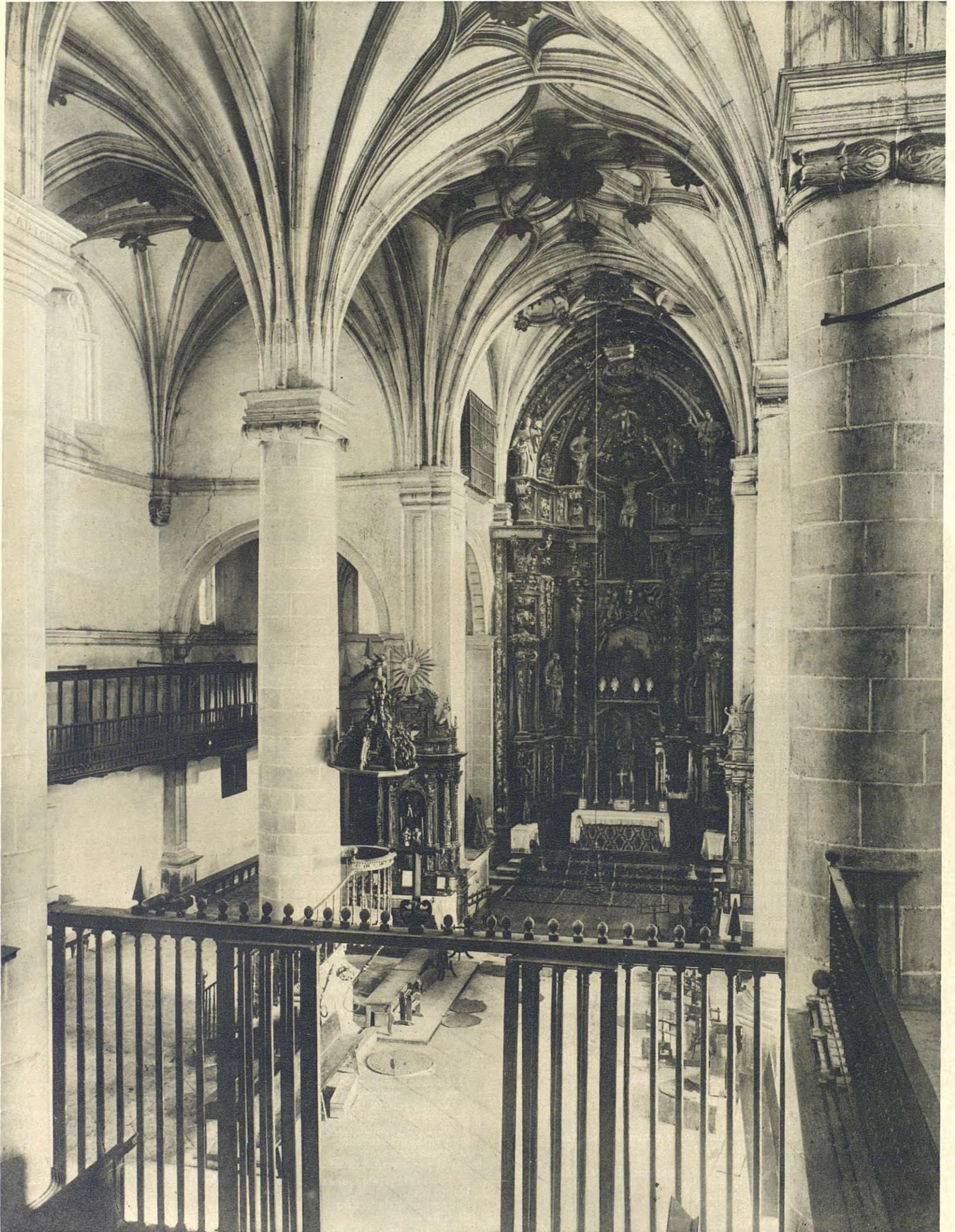


VISTA PANORÁMICA DE ISLA BELLA, EN UNO DE LOS POÉTICOS LAGOS DE ITALIA

*Wehrli A. G.
Schaffhausen*

LA ESFERA

MONUMENTOS ESPAÑOLES



VISTA INTERIOR DE LA COLEGIATA DE LERMA (BURGOS)

Fot. Lacoste



El lirio blanco

Aún conservo en la memoria
de Alba-Flor la amarga historia,
de Alba-Flor, la que tenía
repartido el breve día
entre el rezo y el jardín.
De Alba-Flor, la que, llevada por un místico delirio,
conservaba siempre puro, como un símbolo, albo lirio
en un búcaro de plata de su blanco camarín.

Entre rezos, que eran loas, y entre amores, que eran flores,
repartía los anhelos de sus líricos amores
sin cuidarse de otro afán.
Y la bíblica doncella,
siempre casta y siempre bella,
ni envidiada por el mundo, ni envidiando humana suerte,
esperaba los acechos espantables de la muerte
amparada por sus loas y sin miedos á Satán.

Pero un día, supo, triste, que unos hombres de agría testa,
numerosos cual las hojas de penúmblica floresta,
desolando iban la tierra con las iras procelosas de su negro corazón,
y temiendo por el lirio, que era un símbolo en su estancia,
poco á poco, la fragancia
de sus cándidas mejillas con el llanto marchitó.

Y una noche venturosa, como no hubo noche alguna,
porque el rayo de la luna
daba un iris luminoso de perladas sinfonías en la fuente de cristal,
fué la virgen despertada
por el golpe de una espada
que rompía, en el silencio, y en ruido de cristales, la vidriera del vitral.

Alba-Flor lanzó en un grito todo el susto de su pecho
y, buscando un fuerte muro tras lo santo de su lecho,
vió azogada en un temblor,
como un hombre haciendo aferro,
y en un ronco son de hierro,
daba cima sobre el borde profanado del balcón.

Y Alba-Flor desde la sombra vió en la luz, como á lo lejos,
recortada de la luna por los pálidos reflejos
la figura de aquel hombre breve espacio puesta en pie;
y era fuerte, y era altivo, y en su testa crespa y dura
relucían negros ojos, y era torva su armadura,
y color de sangre roja los plumajes que ondeaban sobre el nierro de su arnés.

Quedó erguido unos momentos en la luz de los dinteles,
pero luego como siguen tras la caza los lebreles,
se lanzó sobre su presa con un grito que, en su boca, más que voz era ulular,
y sonando fragoroso los herrajes de sus brazos,
sujetóla en un sofoco, y oprimiéndola en sus lazos,
sin piedad de aquella angustia,
en la faz pálida y mustia
puso el asco de su faz.

—¡No me beses! ¡No me beses! Si haces caso generoso de la voz de mis clamores
pienso darte, agradecida, como en pago á tus favores,
una prenda codiciada de más útil valimiento que mis labios para tí;
en el huerto que cultivo crece el mágico amuleto de una hierba florecida
que el mortal que la posea puede impune ir por la senda peligrosa de la vida
sin peligro de morir.

—Bien está; pero no olvides que soy fuerte, y si me engañas,
serán leves mis hazañas
junto al bárbaro suplicio que ha de darte la venganza de mi espíritu cruel;
si me engañas, en tu lecho serás pasto, hasta saciarme, del furor del mis lujurias
y después, dado á las furias,
echaré tu torpe lengua de festín á mi lebrél.

Y en la noche venturosa, como no hubo noche alguna,
porque el rayo de la luna
daba un iris luminoso de perladas sinfonías en la fuente de cristal,
Alba-Flor, mientras rezaba
bajo el yugo del guerrero que implacable vigilaba,
buscó el mágico amuleto que pudiese á su albo lirio sacar puro de aquel mal.

—Aquí tienes el secreto que hace eterna nuestra vida.
—¿Y quién dice que tu lengua no me engaña fementida?
—Yo, que nunca me dí á engaños.

—Una prueba.

—La has de ver.

Y apoyando sobre un tronco con graciosa gentileza
el tesoro inmaculado de su pálida cabeza,
y en su cuello el amuleto, dijo: «Hiere si te atreves en un cuello de mujer».

Vaciló; pero en sus ojos brilló rápida una estrella
de fulgores implacables, y en un giro de su brazo, dió á los aires la centella
de su corvo yagatán,
y espantado vió rodada
la cabeza cercenada,
que al partir manchóle en sangre lo barbado de la faz.

Son tus hojas impolutas el emblema del pudor,
blanco lirio,
que pregonas el martirio
de Alba-Flor.

De Alba-Flor, la que tenía
repartido el breve día
entre el rezo y el jardín.
De Alba-Flor, la que, llevada por un místico delirio,
conservaba siempre puro, como un símbolo, albo lirio
en un búcaro de plata de su blanco camarín.

FERNANDO LÓPEZ MARTÍN

LA PINTORESCA HOLANDA

EL PAÍS DE GUILLERMINA



Grupo de marineros holandeses, en Zaandam

LÉISTEIS detalles de la espantable tragedia? Pasó el huracán, y después de azotar la tierra, llegó hasta el mar y encrespó sus olas, haciéndolas rugir inflamadas de enloquecida ira; acumuló las nubes en el cielo y abrió sus cataratas que cayeron, haciendo desbordar los canales y los ríos, reventar los diques, saltar las presas hechas pedazos... Era la obra de siglos, todo el trabajo de muchas generaciones destruido, y Holanda, la pobre Holanda, pintoresca como un ensueño arbitrario, veía con espanto que el mar en su furia parecía querer recobrar los lugares que el tesón humano había sabido arrebatarse.

Otra vez las tierras queridas acumuladas artificialmente en los espacios ganados al mar; tierras que ya el tiempo había endurecido y donde se cimentaban las casas y arraigaban los árboles, se veían cubiertas por



Una vista de Amsterdam

las aguas; aguas traidoras que no habían saltado á sus antiguos dominios desde el mar, sino que habían caído del cielo... ¡del cielo que nos envía la fecundidad y la luz, y que nos enseña los senderos de la virtud!

En Purmerend, en Zaandam Westzaan, en Nek, en Wosmer, las aguas han cubierto todos los accidentes del terreno; las cintas de plata que fingían los canales, han desaparecido en el revuelto mar que lo ha cubierto todo con su mancha ocre cenagosa, y las lindas casitas que parecían construídas con sus coquetones ventanales y sus tejados rojos para que las pintara un Watteau ó para que ante ellas resucitara un Teniers, las alegrías del pueblo, aisladas por la inundación, manchadas y maltrechas, parecen como náufragos que ven agotarse los minutos que les quedan de fuerza, sin que llegue el auxilio que ha de arrancarlos de las garras de

la cruel agonía. Y el dolor del país de Guillermina es algo que nos conmueve más profundamente que si idéntica desgracia aconteciera en otra nación. ¿Por qué? No lo sabemos; no podemos, en realidad, explicarlo, pero indudablemente, aun sin haber viajado, con las remotas referencias que podemos adquirir en las lecturas y en ese conglomerado de cultura general que parece estar en el ambiente y que nos va infiltrando sus ideas hechas, sus prejuicios, sus conocimientos primarios ó elementales, tenemos para algunas naciones una especial simpatía, una ternura fraternal que no otorgamos á otros pueblos, aun siendo convecinos ó aun manteniendo con ellos más estrechas relaciones comerciales ó intelectuales.

Claro es que ahora, la guerra cruel, la guerra inicua, ha trastocado nuestros sentimentalismos, pero antes de que comenzara teníamos un distinto afecto para dos países como Bélgica y Holanda, con estar situados en las mismas lejanías. Nos inspiraba Bélgica el respeto de lo fuerte, de lo varonil, del trabajo rudo, de la iniciativa osada; le veíamos afanoso en sus fundiciones singularizar sus empresas y expandirlas por el mundo. Nos inspiraba Holanda la atracción de lo apacible y placentero, de lo poético, de la belleza femenina, de las almas delicadas. Desde su Reina, linda como la princesa de un cuento de hadas, hasta los rudos pescadores, con sus pantalones bombachos y sus abaracas ruidosas, desde sus molinos de viento hasta sus canales artificiales, nos parecía un país lindo para adorno de abanicos; una especie de Japón occidental, donde las muñecas de carne no tienen los ojos oblicuos, sino rasgados rectamente y llenos de reflejos del cielo azul, y no tienen los labios sutiles, sino carnosos y apetecibles.

Es este el prejuicio que forjábamos de Holanda, sin saber concretamente qué elementos, qué libros, qué zarzuelas, qué periódicos, qué conversaciones, qué exterioridades de paisajes, trajes y costumbres, nos habían llevado á este convencimiento artificial y qué apariencias habían sustituido en nuestro pensamiento las realidades consignadas verazmente en las geografías, las historias y las estadísticas. Porque en este aspecto nada se nos aparece entre los pueblos de Europa que, como Holanda, encarna y representa tan bien las virtudes masculinas: el tesón, la laboriosidad, el esfuerzo infatigable, la energía y hasta la ambición y la soberbia, en cuanto tienen de nobles anhelos.

No pudo, como no pudo España, mantener su soberanía única en el mar. La venció y la deshizo Inglaterra, pero aparte esta perdida gloria, la historia de Holanda es un relato ininterrumpido de esfuerzos premiados por la victoria. Fué su primera lucha mantenida contra la Naturaleza. En aquella confluencia de los mares del Norte, las corrientes se adentraban sobre las playas de bajo nivel y las olas las deshacían y mudaban y cubrían. La



Muchachas holandesas

invasión del mar era el peligro de todas las horas; era el mayor enemigo de la nacionalidad y de la raza; todo el trabajo acumulado de padres á hijos podía tragárselo el mar en un instante, como en una trágica página de las Escrituras, en la hora del diluvio universal ó en la del Apocalipsis... Y maravilla y asombra cómo el mar fué vencido; cómo las aguas que se adentraban por las tierras bajas, fueron encauzadas en canales, embalsadas y encadenadas con diques y esclusas, y cómo, en lugar de temerlas, el hombre las había sujetado á su voluntad y las utilizaba para navegar sobre ellas y para que moviesen las turbinas de sus fábricas. Así las tierras, elevando su nivel, defendiéndose con fuer-

tes empalizadas, no sólo no temieron ya al mar, sino que avanzaron sobre él y lo fueron ahuyentando, haciendo retroceder á sus olas bravas, como el domador hace recular á las fieras rugientes.

La segunda lucha de este pueblo singular, consistió en retener y dominar á los pieles negras y bronceadas y amarillas, que los navegantes, que ya no existían, habían encontrado y cautivado en las aventuras de sus viajes temerarios. Si la Metrópoli era pequeña, las colonias constituían un admirable imperio. En la India, en Java, en Surinam, en Curaçao, hay miles y miles de kilómetros y millones de habitantes que cubre y ampara la bandera holandesa. Sobre las tierras áridas, donde emergen las fuentes de petróleo y sobre los bosques donde las lianas en infinita maraña impiden que el hombre profane sus misterios, flota como una misericordia hermana el espíritu de bondad y de sencillez del pueblo holandés. No hay ya escuadras que á tales distancias mantengan la soberanía de una Metrópoli mucho menor que sus colonias. No hay ya ejércitos que amedrenten y contengan á los súbditos. Y, sin embargo, cuando el imperio colonial de España se ha deshecho, cuando las grandes naciones, con las fauces abiertas como lobos, han recorrido el mundo buscando territorios de que apoderarse, estas colonias holandesas viven contentas y apacibles, sugestiéndanas bajo el ensueño de Guillermina.

No hay nada tan simbólico en Holanda como la belleza y la gracia de su Reina. Quedó huérfana tan niña; parecía tan desvalida la corona real sobre su cofia de bebé; inspiraba tal compasión su madre al cuidado de aquella cuna, toda albura y encajes, y luego se marcaban en aquella carita regordezuela tales trazos de belleza, que todos los holandeses y todos los colonos de las lejanas islas se sintieron conmovidos y tocados de una gracia especial, de un sentimiento maternal, que les hacía creer que la reina chiquita era como una hija de la nación, como una hija de todos, que todos debían defender y amparar y bendecir.

Así transcurrieron los años. Guillermina fué creciendo, sin que en el Reino se turbase la paz; antes, al contrario, como si un hada protectora la colmara con sus bendiciones, veía la nación crecer sus riquezas, multiplicarse sus negocios, aumentar su flota mercante, alzarse entre las aspas de los pintorescos molinos de antaño las chimeneas de las fábricas... Los diques avanzaban insaciables conquistando nuevos lugares, desalojando á las aguas, fortificando y consolidando su posesión. Hasta la guerra ciega y loca en que Europa se destroza, se detuvo al llegar á las lindes de las sielucas de los molinos cortaban el horizonte como en un país de abanico... Por todo eso nos conmueve más la desgracia que se desata, entre las revueltas ondas de agua y cieno, sobre la nación pintoresca y amada de Guillermina.



El puente nuevo de Amsterdam

ESCENAS DE LA GUERRA

LA LUCHA CON LOS ELEMENTOS

CASI tantas víctimas como el plomo ojival con envuelta de níquel de las balas de fusiles y ametralladoras, como los fragmentos irregulares de las granadas rompedoras, como los balines esféricos de los shrapnels, como los potentes explosivos de las bombas arrojadas, como los hornillos de mina, como la tóxica respiración de los gases asfixiantes y como tantos y tantos medios de destrucción perfeccionados con refinada crueldad por el humano ingenio en esta tenaz guerra, en que fracasó el arte de los grandes caudillos, producen las variaciones atmosféricas en esa vida perenne de insomnio avizorante, en que el espíritu pone en tensión el mágico esfuerzo de la voluntad y los nervios sostienen en pie a los hombres faltos de reposo y á veces faltos de esperanzas.

El frío glacial de las noches invernales, la humedad del subsuelo en la lucha de topes que siguió á la batalla del Marne, las lluvias pertinaces que encharcan el fondo de las trincheras, las duras heladas matutinas, el agua, la nieve, el fango, el cierzo huracanado, quebrantan en rudo batallar las naturalezas de los combatientes, sembrando en ellas dolencias incurables, ya que el recio y continuado peligro sembró en los espíritus un sentido desprecio á la vida.

Antaño las fatigas de las campañas tenían compensación para los vencedores en el dominio de nuevas tierras, en la satisfacción de la sed de conquista y tras las duras jornadas se hallaba placentero reposo en poblado y bajo techo bienhechor; ahora, en este estacionamiento inquebrantable de los ejércitos, el mañana es como hoy, ausencia de vida por exceso de vitalidad, la destrucción y el desamparo por todas partes. En tierra, cielo y mar, signos de lucha; y en los confines del horizonte trincheras y trincheras en el campo devastado, sobre la llanura convertida en improductible estepa, en el ribazo que un tiempo fué umbría frondosa y es hoy páramo desierto; y en las lejanías, ruinas de alquerías, muros derruidos de arrumbados caserones, desolación, soledad, tristeza.

Y los ríos cambian su cauce por servir los in-



Hallazgo de un soldado desaparecido durante el combate
DIBUJO DE PH. DADD

tereses de la estrategia estática, los surcos que labró el arado son hoy galerías de mina, caminos cubiertos, glasis de fortificaciones improvisadas, signos de pelea inmutable.

Cuando la guerra acabe será una industria buscar á flor de tierra, removiendo los surcos sangrientos, el sin fin de proyectiles que hallaron cobijo entre las capas estratificadas del subsuelo.

Los sabios preceptos de la higiene no bastan para contrarrestar las inclemencias atmosféricas.

La higiene es sabia, es previsora, es útil cuando la Naturaleza no muestra al descubierto sus rigores inmensos.

Quizás esos rigores neutralicen la actividad de las operaciones, por más de que en otros frentes, sobre campos cubiertos con manto de nieve, se libraron trágicas peleas, en las que el arte de la guerra lució su plan previsor y su método ordenado y preciso manejando las unidades tácticas, como si fueran piezas de ajedrez sobre el tablero del teatro de la lucha.

La guerra dejó de ser arte sólo en tierras de Occidente, donde trincheras inmensas de centenares de kilómetros se quiebran en zigzags desde el mar á los Vosgos y minan el suelo y ahondan como catarumbas las entrañas de la tierra para cobijar á los combatientes y para ser valladar impenetrable é irreductible del enemigo.

Ni unos ni otros pueden romper el frente inexpugnable.

Tras una trinchera, otra y otra por ambos costados, en red inextricable, en confuso y enmarañado laberinto, y arma al brazo esperan los contendientes que el tiempo quebrante las fuerzas del contrario.

Cada uno sueña con la consunción del enemigo, como si ese desgaste continuado no fuese común á todos los beligerantes.

Desgaste sangriento que sobre las numerosas bajas que á diario hacen el plomo y los explosivos, ininterrumpida y funesta acción, agrega las bajas por enfermedades que sedimentan los rigores del clima,

el frío enervante, el agua, la nieve, el viento.

Cuando la primavera llegue, la actividad febril dará fe de la bonanza del tiempo y marcará recrudescimiento en los rigores de la pelea, y de nuevo, con deseo firme de acertar, repetiremos todos que no cabe otro invierno en las trincheras, que no es posible que esta guerra inhumana y feroz se haga crónica, que pronto, muy pronto, hallará la hecatombe que martiriza brutalmente á la vieja Europa el apetecido fin, que esta situación insostenible acabará presto.

Pero, ¿cómo y cuándo? Eso es lo que nadie puede predecir todavía.

Navegando

MI BARCA AVENTURERA...

—Mi barca aventurera, con su vela latina
cuya grácil silueta el agua, al reflejar,
convierte en dos, parece como un ave marina
tendida un ala al viento y otra hundida en el mar.

—Así en mi pensamiento dos alas, ó dos velas,
creadas por mi ensueño, en un raro espejismo,
trazan en mí dos sombras, dos sombras paralelas,
una bajo los cielos y otra sobre el abismo.

—Mi barca silenciosa navega velozmente
por el ignoto mar del Destino, al acaso,
como un audaz albatros con alas de quimera.

—De este viaje incierto solo sé que un Oriente
fué el punto de partida, y el fin será un Ocaso...
¡No se hundirá en la duda mi barca aventurera!



SÉ UN NAVÍO...

—Vigía en la atalaya que domina la Vida
escrutas en la noche las sombras del misterio.
Faro de luz tu idea. La voz desconocida
de la ilusión te llama desde su cautiverio...

—Es la eterna sirena del Enigma que canta
en el mar de la Duda; procura no escuchar
esa voz engañosa de la ilusión, que encanta.
¡Corazón, no vaciles para no naufragar!...

— Sé un navío, y tu proa pon contra el mar y el viento,
que la envidia, á tu paso, será fugaz estela
y el clamor de las olas apagará el olvido.

— Haz velas con las alas libres del Pensamiento
y lánzate al azar, cual nueva carabela,
que marcha á la conquista de un mundo prometido.

DIBUJO DE VERDUGO LANDI Goy DE SILVA

CAMARA

ANECDOTAS CONTEMPORÁNEAS

PEREDA

SIEMPRE que leo con deleite ó interés un libro, doy al autor una personalidad que está en perfecta armonía con los estados de ánimo por que me hace pasar. Los escritores que más vivamente solicitaron mi atención y que dejaron con sus obras más honda huella en mi espíritu, tenían, tanto en lo físico como en lo moral, una fisonomía que estaba en perfecto desacuerdo con la que mi imaginación y mis simpatías les habían trazado.

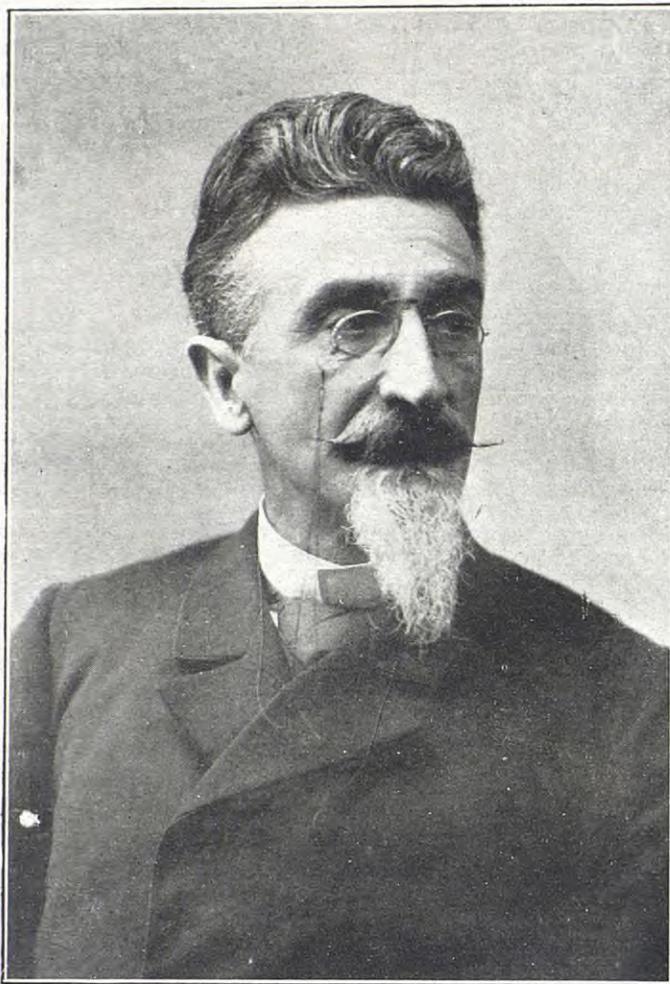
He tratado á los más notables novelistas contemporáneos y, el día en que por primera vez cruzamos el saludo, la desilusión fué para mí completa; pues al que había imaginado de buena estatura, fisonomía apacible y carácter expansivo, resultó poco más que un pigmeo, de aspecto ordinario y de genio arisco. Las equivocaciones en sentido contrario se cuentan por docenas. Los bohemios más desaprensivos son, por regla general, los que escriben páginas más saturadas de inspiración y nobles anhelos.

Con el inolvidable maestro Pereda, en cuanto atañe al orden moral, nada rectificué después de una larga y cordial amistad, pues siempre le había juzgado como hombre de corazón sano, recia voluntad y cultura cimentada muy sólidamente, y todo ello quedó bien confirmado en el curso de un trato afectuoso y expansivo; pero su fisonomía estaba muy lejos de responder á la que yo le otorgara en las muchas horas que dediqué á la lectura de sus obras maestras.

Vivía Pereda sin los apremios económicos que en el noventa por ciento de los casos son patrimonio obligado de los que cultivan las letras con notorio acierto; y su labor literaria no impedía que consagrarse atención y dinero al fomento de una industria —«La Rosario»— que llegó á tener merecida fama en el país. Esto, sumado al concepto que la lectura de los libros de Pereda me había hecho formar de la figura del gran montañés, me afianzaron en la creencia de que al verle tendría ante mí á un tipo bien caracterizado de burgués. Los que hayan tratado á Pereda se darán cuenta de que la equivocación no pudo ser más garrafal, pues el maestro inolvidable parecía un capitán de los tercios de Flandes. Por cierto que Pereda hizo sus primeros estudios con propósito de ingresar en la Academia Militar.

Al posesionarme en 1898 del Gobierno Civil de Santander, me lisonjeaba la idea de encontrarme en condiciones adecuadas para buscar la oportunidad de crear lazos de afecto con el castizo y muy celebrado novelista. Deseaba conocer á Pereda en la intimidad de la familia y en el trato social y, cuando había dado algunos pasos por el camino de mis deseos, la suerte quiso brindarme inopinadas facilidades para ver cumplido lo que en mí constituía un noble anhelo. No llevaría en Santander más de seis ú ocho días cuando recibí la visita de persona de gran concepto en la capital montañesa que iba á cumplir el encargo hecho por Pereda de solicitar día y hora para celebrar conmigo una conferencia. La contestación fué adecuada á la distinción que el ilustre novelista quería dispensarme, pues dije á quien hacía las veces de intermediario, que yo tenía todos los días y todas las horas libres cuando se trataba de merecer la distinción de estrechar la mano y conversar amistosamente con uno de los mayores prestigios literarios del país.

Pereda se presentó en el Gobierno Civil al día siguiente, pues estaba su ánimo atenuado por mortificaciones que, según él, sin causa justificada le inferían los apasionamientos del caciquismo. Para avalorar su enojo



D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA

en los quilates que merecía, había que tener en cuenta que se trataba de un carlista *enragé* que no siempre podía dominar sus vehemencias políticas.

En Polanco, donde había constituido un mausoleo de familia y reposaban las cenizas de algunos de los suyos, se quejaba de que le amargasen la existencia porque no transigía con las normas de disciplina electoral que habían trazado los que manejaban los asuntos locales.

Como sociólogo y como hombre de letras, Pereda había llevado á feliz término en Polanco iniciativas dignas de merecido encomio, pues costó á los niños de familias pobres que asistían á las escuelas un desayuno y les distribuía

Casa de Polanco, en la que nació D. José María de Pereda
FOTS. ZEÓN QUINTANA

trajes en las épocas que esta liberalidad podía ser de resultados más prácticos.

Después de oír al gran novelista sus cuitas le hice la formal promesa de acompañarle á Polanco en plazo brevísimo á fin de buscar sobre el terreno en que cosechaba tantas amarguras, el medio más rápido y eficaz de cegar la fuente de donde estas procedían. No habían transcurrido cuarenta y ocho horas cuando quedó cumplida la palabra empeñada á Pereda; y éste, que durante el viaje se me mostró en extremo pesimista respecto al resultado de mis gestiones en Polanco, tuvo unas horas de viva satisfacción viendo que mis determinaciones iban derechas como una flecha al logro de sus deseos.

Aquel día se selló entre nosotros la más franca y sincera amistad; y Pereda fué entusiasta colaborador en iniciativas que precisaban el concurso de los hombres de valer y buena voluntad de aquella ciudad para mí tan querida.

El día que enteré á Pereda de que me habían entregado 45.000 pesetas para fines benéficos y le expuse el proyecto de destinar toda aquella suma, ó la mayor parte, á fundar una Caja de Ahorros y Monte de Piedad, me dijo las palabras que voy á reproducir porque ellas dan idea exacta de cómo Pereda cumplía los deberes de amistad.

«Son, decía Pereda, muy mermados los recursos de que usted dispone para tan grande empresa; pero mi concurso y el de las personas de mi intimidad quedan desde este momento á su disposición para dar cima á empeño tan generoso y humanitario como el que á usted halaga».

Los hechos confirmaron bien pronto que toda idea generosa arraiga y prospera en las almas de aquellos montañeses que tan ferviente culto pagan á la virtud de la caridad y á las disciplinas del altruismo.

La Caja de Ahorros y el Monte de Piedad tuvieron la protección decidida de todas las clases sociales; y la institución, que en los primeros días llevó vida tan modesta, fué á los pocos años el paño de lágrimas de las clases desvalidas y el sitio donde depositaban las economías los asalariados y la clase media con la certeza de que una honrada y discreta administración las tenía á salvo de todo riesgo.

Pereda fué hasta su muerte miembro del Consejo de la Caja de Ahorros y defensor incansable de la institución.

Acaecieron estos sucesos por los días de infausto recuerdo en que la perversidad y la invidia buscaron trazas infames para despojarnos de un imperio colonial; y habiendo convenido con las demás autoridades santanderinas en la oportunidad de publicar una proclama para alentar al pueblo é inspirarle confianza, se me ocurrió la idea de poner al servicio de estos requerimientos del patriotismo el corazón y la pluma de Pereda. Como siempre, expuesto mi deseo, el maestro ni puso reparos ni demoró el cumplimiento de tan delicado cometido.

¡Qué página tan admirable de historia contemporánea la escrita por Pereda en una prosa que no desdenaría Cervantes!

¡Con qué valentía y acierto llegó á los más delicados sentimientos del alma nacional!

Este documento, tan notable por su fondo como por su forma, fué celebrado por los montañeses con los encomios que en justicia merecía; y me complace mucho hacer constar que no tenía más que la firma.

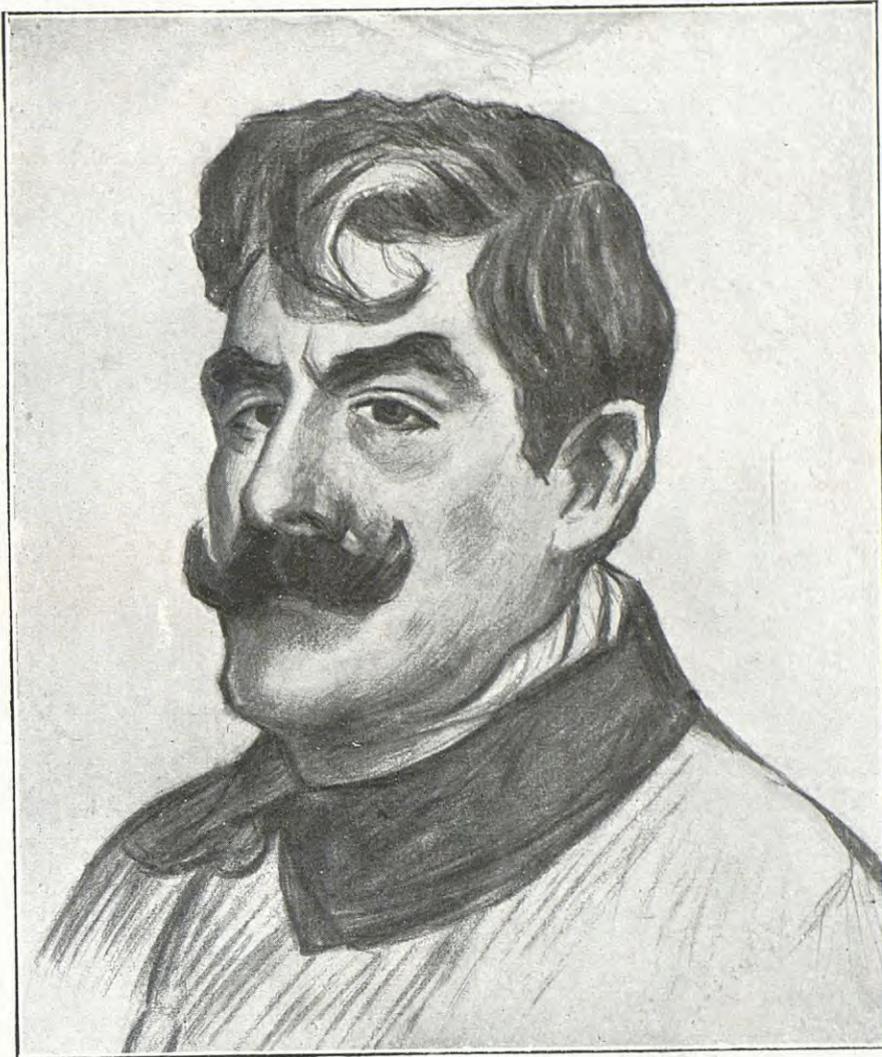
LOS AMERICANOS EN NUESTRAS LETRAS

LA muerte de Rubén Darío presta actualidad a un tema literario, muchas veces irrisado y pocas veces ó ninguna estudiado á fondo.

Nos referimos á la influencia que han ejercido ó podido ejercer los americanos en nuestras Letras. Fuera preciso, en realidad, que ese estudio hubiese sido hecho por D. Juan Valera ó por Menéndez Pelayo, en quienes se unían la erudición, el sentido crítico y la autoridad moral, que es amparo y marchamo y aval de la imparcialidad. Al mismo Valbuena, con confesar todos sus altas cualidades, le hubiésemos discutido cuanto dijera, fuese lo que fuese, porque ya le acompañaba el prejuicio de apasionado y descontentadizo, y sistemáticamente burlón. La actualidad del tema y la conveniencia de estudiarlo pas, sin duda, desde el momento en que la influencia de Rubén Darío fué tan honda y tan notoria en nuestra lírica, que produjo un trastocamiento, no sólo en los procedimientos técnicos, en la manera de componer el verso y de musicarlo, sino en la misma naturaleza de la Poesía.

Ante este hecho singular de nuestra vida literaria se oscurece toda influencia anterior. Valdría la pena, sin embargo, de que los críticos modernos indagasen é hiciesen resaltar en cuánto y cómo, escritores americanos anteriores á la aparición de Rubén Darío, han influido en periodos de transición y evolución en nuestras letras. Mucho de ello se encuentra en fragmentos de las *Cartas americanas* de D. Juan Valera y en distintos pasajes de Menéndez Pelayo, pero estas observaciones de ambos, no pueden ser sino guía y complemento de estudios más minuciosos y completos. En este apuntamiento no hay para qué recordar al corcovado mexicano D. Juan Ruiz de Alarcón, autor dramático y poeta totalmente incorporado á nuestro Siglo de Oro ni siquiera á la gran poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda, á quienes los cubanos enaltecen ahora justamente. Acaso sea más intensa en nuestras Letras la influencia que ejerció *Plácido*, el romántico poeta que enciende el rotundo castellano con suavidades y melancolías encantadoras, que son como un espejo donde se refleja la entristecida alma guajira. Y esta influencia, como la que más tarde había de ejercer en nuestros poetas de segundo orden otro lírico el portorriqueño, José de Diego, nos parece que no están estudiadas ni definidas. Sin embargo, en la rica ampulosidad retórica, brillante y sonora de este poeta, que imita á nuestros clásicos antiguos y modernos, pero llenándolos de luz y de color, está, sin duda, el origen de orientaciones de nuestra lírica allá por los años del 1885 al 1890, cuando surge Salvador Rueda, con su adorable instinto poético de visionario andaluz.

De esa misma época hay otro renacimiento en nuestras Letras, en el que influyen notoriamente dos escritores americanos: Emilio Bobadilla y Luis Bonafoux, ambos españolizados hasta el punto de que todo el mundo los cuenta, sin distinguos, entre nuestros grandes escritores. Fué este renacimiento el de la crítica. Hasta entonces todo el ingenio de



EMILIO BOBADILLA ("Fray Candil")
Dibujo del Conde de los Llanos



LUIS BONAFOUX

nuestros escritores se reservaba para la sátira política ó la literatura cómica. Durante todo el periodo espiritualmente agitado, que sigue á la Revolución, apenas se encuentran indicios de que el ingenio se aplique á la crítica puramente literaria. La crítica era una función dogmática, casi arqueológica, que los eruditos creían indigna de poner al servicio de los escritores contemporáneos.

Aparte alguna chanza entre literatos que se odian, no hay más labor que la de estudiar á los autores que murieron en anteriores centurias. Hasta los del siglo XVIII quedaron olvidados.

Pero coincide la aparición de *Clarín* con la de dos jóvenes escritores, osados, revolucionarios, destructores, insaciables, que firman *Fray Candil* y *Aramis*. El público encuentra de su gusto aquella crítica literaria que burla burlando, le enseña muchas cosas que ignoraba. No ya los semanarios y las revistas, sino los periódicos diarios creen precisa aquella sección amena, ligera, grácil, en que toda irreverencia contra los ídolos literarios parece posible y legítima. Fué un pleno éxito, más aún que de estos escritores, del género que consigue interesar al distraído público español en la vida literaria. Muchos otros escritores, entre ellos Valbuena con resonante éxito, acudieron á reforzar esta hueste y hacen posible que el público se preocupe de la producción literaria, y se apasione con las polémicas de los literatos como en los

tiempos en que Fornez ó Bartolomé José Gallardo ó *El Solitario* andaban por las librerías de la Puerta del Sol y se injuriaban y se apaleaban. España entera estuvo suspensa de la discusión entre *Clarín* y Manuel del Paasio, en quien el crítico no reconocía sino la mitad de un poeta. ¡Feliz época aquella, en que podía suceder esto, á pesar de que cada domingo contendían en el Coso *Lagaritijo* y *Frascueto* y amanecía, con las banderillas en la mano, aquel asombro de *Guerrieta*!

Pasó aquella época de criticismo iracundo y gracioso, que preparó en realidad el advenimiento de la actual generación literaria, en que tan notoria influencia ejercieron los americanos. De todos aquellos escritores, perduran Bonafoux, cronista, periodista de inconfundible personalidad, audaz, noble, independiente, y Emilio Bobadilla, poeta de singular originalidad y novelista de extraordinario relieve. De vez en cuando recuerda este escritor sus luchas de crítico y resurge *Fray Candil*, su pseudónimo al pie de artículos de estudio y análisis literario. Pero no es la misma crítica; más reposada, más serena, más honda, con su poquísimo de empaque académico, nos prueba que aquel género retozón, chispeante, agresivo, injusto muchas veces á cambio de no ser benévolo nunca, pasó para no volver jamás. El interés del público por las Letras ha vuelto á ser el del aburrido espectador de un espectáculo; los libros le interesan poco y la vida de sus autores menos. Al lamentarlo recordemos á estos escritores americanos que al venir á España, llenos de inquietudes y ambiciones, lograron influir no sólo en nuestros escritores, sino en nuestro mismo público.—AMADEO DE CASTRO



S U N O M B R E

En su nombre cifré toda mi vida:
ilusiones, amor, penas, consuelos.
Cuando quise pintarle mis anhelos,
dije su nombre y me entendió enseguida.
Cuando yo la llamé por vez primera,
nunca amó tanto á una mujer un hombre.
Cuando en el alma hirióme traicionera,
por toda maldición dije su nombre.
Desde el amargo, inolvidable día
en que el nombre adorado se hizo odioso,
por toda prevención de mi reposo,
¡Que no la nombren ante mí!, decía.
Y nadie en mi presencia la nombraba,
pero su nombre en mi interior sonaba
como una inextinguible melodía.

Sólo en mi corazón mi nombre oía.
Su nombre daba resplandor de estrella
y era aroma de flor embriagadora.
Quien se llamara cual se llama ella
sería una mujer usurpadora.
Una vez varios años de martirio
pasados iban sin que el nombre oyera,
acompañado fui de mi delirio
vagando por alegre carretera.
¡Ah! ¡Cual refresca y desabrumba el alma
largo paseo de silencio y calma!
Ya entrando en la ciudad turbó el paseo
eco de risa que niñez revela,
tropezando conmigo en su aleteo
las niñas que salían de la escuela.

Por entre ellas crucé, ¡qué atropelladas
sus frases, y sus risas qué sonoras!
Estas niñas, me dije, hoy tan sagradas,
serán mujeres y serán traidoras.
Quise huir donde reina la inocencia,
es siempre huésped importuno el hombre.
De súbito una niña, con vehemencia,
á otra niña llamó. ¡Sonó aquel nombre!
No sé lo que sentí. Volvíme airado.
De las niñas turbé las risas locas.
¡Me pareció aquel nombre profanado,
aunque sonara en infantiles bocas!
Encarándome al fin con la nombrada,
la copia en ella vi de mi adorada,
compendio de mis penas y placeres,

¡La juzgué aun siendo niña abominable
de todas las infamias responsable
cometidas por todas las mujeres!
Pero había en el nombre tal encanto
y era en mi corazón tan grave peso,
que alcé á la niña y, tras de darle un beso
seguí el camino reprimiendo el llanto.
Hoy, de otro amor mi voluntad esclava,
en mí fué todo aquello flor de un día.
¡Ya ni recuerdo cómo se llamaba!
¡V, si oyera su nombre; aún temblaría!

RICARDO J. CATARINEU

DIBUJO DE DHOY

LA ESFERA

PERSONAJES REALES

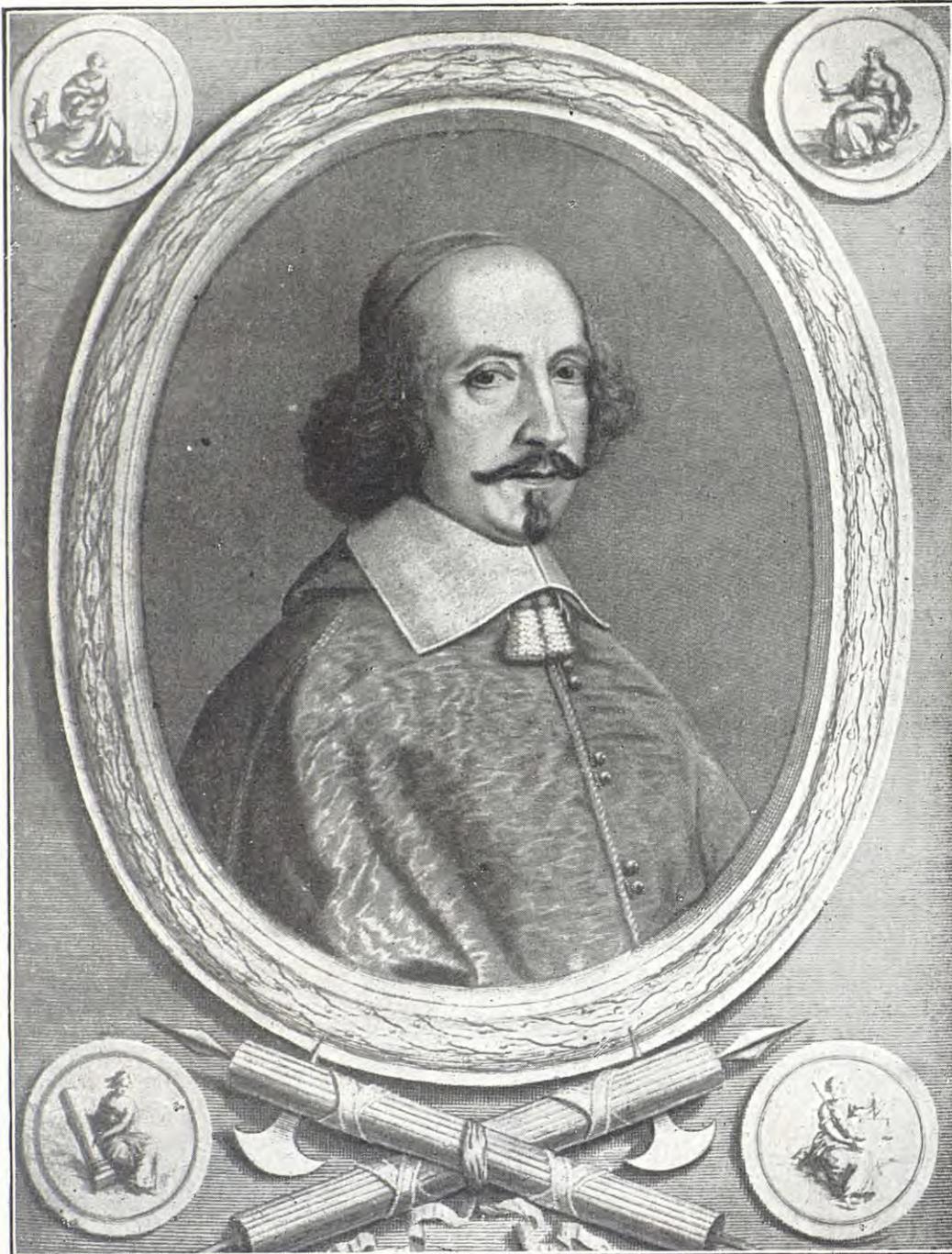


S. A. R. LA INFANTA DOÑA PAZ, retrato original de Pardiñas Cabré

GENIALIDADES DE HOMBRES CÉLEBRES
“EL VIEJO ZORRO”

Así llamó á Mazarino el Príncipe de Condé en desquite de su inhumana prisión en Vincennes, y la desenvuelta Cristina de Suecia, maestra en psicologías, dióle la razón al repetírselo y recordárselo al propio cardenal en una famosa carta en la que acababa llamándole Julio á secas y amenazándole.

Solía el no menos famoso cardenal Richelieu repetir á menudo la prudente máxima de Lisandro: *Donde no te alcance la piel de león, ponte una de zorro*. Y más bien parecía decirse á sí propio, por parecerle que la segunda de estas pieles le hacía mucha falta y que de la primera no andaba muy sobrado. Mazarino no tuvo jamás que repetirse aquella máxima. De león y de zorro parecía su piel. ¿Fué más grande que Richelieu? Después de estudiar la psicología de uno y otro, no sé qué contestar. Para juzgar dos espíritus grandes no hay que juzgarles solamente por sus hazañas, sino por las que fueron capaces de realizar, y mucho menos por lo que se vieron obligados á hacer. Que muchas veces ha ta el heroísmo no es sino necesidad y más fuerza de las circunstancias que impulso de una grandeza de corazón. En este respecto Mazarino aventajó á Richelieu. Tenía corazón y lo sabía. Suya es una de las sentencias más sabias que se han emitido: *Cuando se tiene el corazón, se tiene todo...* Por eso dos veces fugitivo, jamás se dejó abatir y siguió gobernando desde el destierro, del cual salió siempre con mayor poder y más prestigio. Si Richelieu, que padecía con frecuencia accesos de desaliento, hubiese caído del poder, no habría sabido levantarse más; por eso, porque le faltaba el corazón. Uno de los más enconados y hábiles antagonistas del famoso italiano, La Rochefoucauld, dijo de Mazarino que tenía *más atrevimiento en el corazón que en genio; al contrario de Richelieu, el cual tenía el genio osado y el corazón tímido*. Sabiendo dominar el suyo de león gracias á sus nervios de zorro, Mazarino logró que el primer ministro de la Regente Ana de Austria, Agostino Potier, cabeza del partido de los importantes, y á quien el cardenal de Retz llamó en sus Memorias *una bestia mitrada y el más idiota de los idiotas*, le llevase á su lado. Poco después, captándose el corazón de Ana de Austria, desbancó al inepto obispo de Beauvais y se encontró al frente de la Regencia, primer ministro y preceptor de Luis XIV. Imaginativo, previsor, con mucha inventiva, recto juicio, carácter más vano que débil y menos firme que perseverante, así lo pintó Mignet. Se conducía más que por simpatías ó por repugnancias, por cálculo. Su ambición era superior á su amor propio é igual á su codicia, que era desmesurada é imponderable por llegar lo mismo á lo sublimado que á lo gro-



El famoso cardenal Julio Mazarino
 (Según un grabado antiguo)

tesco. Indiferente á las injurias, solo evitaba que le proporcionasen reveses. Dejaba decir mientras no se le impidiese hacer. Nunca hizo enemigos de sus adversarios. Si se creía débil, cedía á ellos sin rubor; si fuerte, los encarcelaba sin encono. Al revés de Richelieu, que dió muerte á quienes le estorbaban, se conformaba con encerrarlos. Sustituyó el cadalso por la Bastilla. Aunque italiano, sus venganzas no fueron sangrientas. Se asimiló de Maquiavelo el espíritu, pero suavizó la crueldad de sus máximas. Su sagacidad le hacía preguntar antes de confiarse á algún hombre: *¿Es dichoso?* Que no significaba preguntar si era rico ó pudiente, sino si tenía el genio que prepara la fortuna, la ilusión que alegra el alma mientras llega su logro, el carácter que sabe dominar impacencias funestas y ambiciones irracionales é imposibles, la fe en sí mismo. Su zorrería le hacía parecer voluble cuando era la constancia misma.

Lo primero que hizo después de desbaratar el partido de los importantes fué componerlas de modo que todo el mundo se alegrase de verse libre de la mano de hierro con que Richelieu tenía á todos atenzados. En la misma medida que éste fué severo, enérgico y riguroso, se mostró condescendiente y aun débil. Así estaban todos de encantados. Los poetas contemporáneos llamaron á aquella época la *edad de oro*.

Lo fué para los cortesanos. Nada se les negaba: pensiones, empleos, aunque fuese á costa de esquilmar el tesoro público. Así dice el cardenal de Retz en sus Memorias: «No había ya en la lengua francesa más que estas palabras: *¡Qué buena es la Reina!*» Y recordando la Regencia de Blanca de Castilla, se dió en decir que España no había dado sino buenas Reinas á Francia. Sin embargo, esto era solamente una táctica engañosa. No hay duda que es el retrato de este ministro el que pintó La Bruyère en el capítulo del Soberano ó la República: «Todas sus miradas, sus máximas, los refinamientos de su política, tienden á un solo fin, que consiste en no dejarse engañar, en engañar á todo el mundo». Léase ese capítulo y se verá todas las formas en que Mazarino se presentó al negociar con D. Luis de Haro la Paz de los Pirineos. Léanse en seguida sus cartas en las que rinde cuentas de sus negociaciones y se verá que las palabras de La Bruyère no son sino copia de aquellas cartas en que el cardenal se retrata á sí propio.

No pocas veces le falló su ambición. Una vez, queriendo arrogarse la gloria de la batalla y de la toma de Dunkerke, quiso comprársela á Turenna, ofreciéndole cuanto pidiese si escribía una carta al Rey asegurando que el éxito se había debido al plan trazado por Su Eminencia y seguido fielmente. Turenna le contestó que el cardenal podía

hacer decir en su historia cuanto halagase á su vanidad, pero que no le daría jamás títulos para autorizar una falsa gloria á expensas de su propio honor.

Otra vez..., unos aseguran que tuvo el proyecto de casar á su sobrina María Mancini con su augusto discípulo, á quien habían de llamar el Rey Sol. Ambos se amaban. Dícese que fué con el cuento en burla á la Reina, tal vez por sondearla, y que la Reina le contestó altivamente:

—No creo que el Rey sea capaz de tal baja; pero si fuese posible que tal cosa pensase, os advierto que toda Francia se revolvería contra el Rey y contra vos, y yo misma, con mi hijo segundo, me pondría al frente de la revuelta.

En cambio... otros historiadores hacen resaltar como un título de gloria el haberse opuesto á dar la mano de su sobrina á Luis XIV, que estaba enamorado de ella. Testimonio de su opinión es la carta, una larga carta que escribió al Rey, una carta verdaderamente maravillosa de estilo, de persuasión, en que las censuras á aquel amor están hechas con tanta firmeza y severidad como respeto.

Lo que no es creíble es la siguiente respuesta que se le atribuye cuando Luis XIV insistió en casarse con María.

—Sire: si Vuestra Majestad fuese capaz de se-

mejante debilidad, preferiría apuñalar con mis propias manos á mi sobrina antes que prestar-me á tal matrimonio, tan contrario á la dignidad de la Corona como perjudicial á Francia.

Sea como fuera, logró que el Rey, al despedirse de María, no supiese contestar más que con unas lágrimas que motivaron la célebre respuesta de la ingenua enamorada:

—¡Ah, Sire! Sois Rey..., me amáis... y yo parto...

Racine, en su tragedia *Berenice*, debilitó esta frase al ponerla en labios de esta Reina que, no obstante ser amada por Tito, se ve obligada á abandonarle, con estos versos:

Vous m'aimez, et vous me le soutez;
Et cependant je pars, et vous me l'ordonnez.

Si es verdad que un hombre se retrata por sus pensamientos, no lo es menos que también puede disfrazarse.

He aquí algunas de las máximas que inspiraba á Luis XIV: No os familiaricéis nunca con vuestros cortesanos por temor á que os pierdan el respeto y os hagan peticiones que no les podáis conceder. Poned cara seria y severa en cuanto empiecen á pedir os algo; cultivad con cuidado el talento que tenéis para el disimulo. Desconfiad de todos los que se os aproximen y más de vuestros ministros; estad siempre persuadido de que no tratarán más que de engañaros... Prometed siempre á los franceses pero no os molestéis jamás en cumplirles vuestras promesas...

Aconsejábale también que no fuese cruel.

—Tomadles su dinero—le decía—pero ahorrad su sangre.

Los aduladores le decían al cardenal:

—Sois demasiado bueno, monseñor. Si dieseis alguna muestra de severidad se os obedecería mejor.

—Y se me odiaría más—replicaba Mazarino. Cuando le decían que el pueblo gritaba contra él por los impuestos con que le había cargado, contestaba—: Dejad que cacareen las gallinas, puesto que nos hemos de comer los huevos.

La duquesa de Mazarino, su sobrina, en sus Memorias cuenta que el cardenal le decía viéndola poco amiga de las cosas de devoción:

—Si no oís la Misa por Dios, oidla por el mundo.

Y este consejo, que parece demostrar escepticismo, es si bien se mira una habilidad de las suyas para infiltrar el espíritu religioso con la repetición de las prácticas piadosas. Nada tiene que ver este consejo con el de aquella madre que aconsejaba á sus hijas diciéndoles que Dios lo perdona todo, al revés que los hombres, que nada perdonan.

El cardenal de Richelieu decía que si quisiera engañar al diablo no se serviría de otras finezas que de las del cardenal Mazarino. Las habilidades y aun las picardías de este ministro, le dieron la razón muchas veces. Como regalo de boda se creyó en el deber de regalar al Rey una hermosa casa de recreo. Puso los ojos en una que un rico asentista había comprado en Saint Cloud y en la que había gastado cantidades enormes. Mandó llamar al dueño y le preguntó cuánto le costaba la casa. Temiendo abrir los ojos al ministro acerca de sus grandes riquezas, el interpelado se abstuvo de contestar.

—Vamos, confesadme la verdad—dijo Mazarino apremiándole—. La casa os cuesta una buena millonada.

—¡Un millón!—exclamó el asentista—. No soy bastante rico para soportar tal despilfarro ni tan imprudente para enterrar una suma tan considerable, aunque la poseyera.

—Entonces, pienso que os cuesta unos doscientos mil escudos...

—No, monseñor; yo no tengo ni voluntad ni poder para gastar en mis placeres semejante suma.

—¡Vamos! Ya lo comprendo. La maledicencia ha agrandado los objetos. Seguramente no os cuesta ni cien mil escudos.

El asentista entonces, pasándose de listo, se creyó en el de-

ber de detener allí la curiosidad del cardenal é hizo un gesto afirmativo. Entonces Richelieu le dijo en tono compasivo:

—Os compadezco, señor; ¡qué lástima, he aquí cien mil escudos que no os rentarán nada y que habríais podido invertir de modo mas provechoso; seguramente vuestra industria habría doblado esta suma. Decididamente me intereso por vos y me pongo yo en vuestro lugar. A ver, que se den cien mil escudos á este señor—dijo á un intendente de Hacienda—y que me ceda su casa.

El asentista no pudo eludir este decreto porque se había tasado él mismo el valor del inmueble.

Un oficial del cardenal, después de sacar rota la mandíbula en una querrela, quería persuadir á su señor á que le vengase:

—Monseñor, ha sido esa querrela más vuestra que mía; como vuestro oficial que soy, es á vuestra Eminencia á quien se ha querido maltratar en mi persona. De modo que es á vos mismo á quien se ha herido.

—Bueno, bueno—replicó el cardenal—; cuando llegue la hora de comer veremos quién tiene la mandíbula rota.

«El cardenal Mazarino—decía el mariscal de Grammont—es amigo mío. Cuando por la mañana me desea un buen día, yo ruego á Dios que me olvide el resto de la jornada.»

Cuando después de su reconciliación le presentaron á Maigni, que había compuesto unos versos satíricos contra el ministro, le dijeron á éste.

—Maigni se ha convertido. De hoy en adelante os consagra su vena. Va á trabajar en vuestro panegírico.

—No—repuso el cardenal—; le creo más diestro para la sátira que para el elogio. Lo reservo para escribir contra nuestros enemigos.

Como le dijese que el superior del *Seminaire des bons Enfants* predicaba frecuentemente contra la pluralidad de los beneficios y contra los obispos que no residían en sus diócesis, contestó en seguida:

—Ya hallaré el modo de taponarle la boca.

Le dió un obispado y dos abadías y el nuevo obispo no volvió á predicar sobre aquel tema.

Dícese que llegó en su ambición hasta á

pensar en que se le eligiese Papa. Y los que tal creen señalan que por tal razón no quiso nunca adquirir la nacionalidad francesa.

De sus últimos días hubo algunos grotescos.

Había pedido con insistencia y energía á su médico Guénaud que le diese el tiempo que á su parecer le quedaba de vida.

—Unos dos meses—le contestó el galeno.

—Me bastan—contestó—para ordenar mis asuntos y preparar mi alma.

Sin embargo, esta entereza le falló muchas veces. Y así se le vió de vez en cuando en su galería exclamar creyéndose solo al mismo tiempo que contemplaba los hermosos cuadros, el tesoro artístico que tenía en su galería:

—¡Y he de dejar esto!... ¡Y esto! ¡Y esto!... ¡Y esta Venus del Tiziano! Y este incomparable Diluvio de Antonio Carrache... Y esta hermosura de Corregio... ¡Oh! Mis cuadros, mis amados cuadros. ¡Con lo que me han costado!

Una de sus más grandes amarguras fué la ingratitud de sus sobrinas, particularmente de Hortensia Mancini. Dias antes de morir la regaló una *corbeille* donde había diez mil pistolas, es decir, cien mil libras. Ella llamó á sus hermanas y todas decidieron arrojar á un patio, para que se los disputasen á la rebatía los lacayos, trescientos luses de oro. Hicieronlo con grande algazara, al mismo tiempo que gritaban:

—¡Crepa adesso, crepa! (*Que reviente, que reviente.*)

No se sabe qué le causó más daño al saberlo: si la ingratitud de sus sobrinas, ó la prodigalidad que acababan de mostrar, precisamente cuando estaba pasando peores agonías que las de la muerte. Arrepentido de verse con una fortuna de más de cuarenta millones que legar á su familia, él, hijo de un pescador y á instancias del confesor, que le amenazaba con las penas eternas si no restituía su fortuna, decidió hacer donación de ella al Rey, suponiendo que no la admitiría, y encargando á Colbert, hechura suya y sucesor recomendado por él á Luis XIV, que se la llevase. El Rey tardó en anular la donación. El cardenal, durante tres mortales días, no paró de exclamar:

—¡Ah, mi familia, mi pobre familia! ¡Se queda sin pan!

El Rey Sol, después de rechazar la donación, firmó el verdadero testamento sin leerlo.

—Es—dijo suspirando—lo menos que le debo.

Estando el cardenal en la agonía, el cura de San Eustaquio le exhortaba á bien morir y le decía: «Apretadme la mano para darme á entender que me oís y que os penetran los sentimientos que os inspiro». El cardenal le apretó tan fuerte, que casi le hizo desmayarse de dolor, y costó gran trabajo después de muerto hacerle soltar la mano del pobre cura. Por lo que algún malicioso dijo que su afición á no soltar lo que cogía le había seguido hasta la tumba.

Se le hicieron muchos epitafios epigramáticos y satíricos.

De los más graciosos fueron este, que hería á Richelieu y á Mazarino:

Aquí yace Su Eminencia segunda,
¡Dios nos libre de la tercera!

Y este:

Julio el cardenal yace en esta tumba.
Pasajero, aprieta la bolsa y sujétate la [capa...

Un buscador de anagramas hizo de Jules Mazarin estas palabras: *Animal si ruzé*, que quiere decir *animal muy astuto*.

Otro epigrama gracioso dice así:

Aquí yace el que la gota azotó
de los pies á la cabeza.
Julio, no el que conquistó las Galias,
sino el que las despojó.

El epitafio más sangriento se lo pusieron, según cuenta en sus *Memorias* su sobrina Hortensia de Mazarino, el hermano y la hermana de ésta. Tan pronto supieron su muerte, exclamaron por toda lamentación y por toda plegaria:

—¡Gracias á Dios que reventó para siempre!

E. GONZÁLEZ FIOLE



HORTENSIA MANCINI
Duquesa de Mazarino, sobrina del famoso cardenal y heredera de su título
(De una lámina antigua)

EL HECHIZO DE TÚNEZ

Aunque los misteriosos árabes del desierto, que bajo el resplandeciente estandarte verde del Profeta, arribaron con el caudillo Okba á las doradas costas cartaginesas, no crearon en la que fué gigantesca metrópoli fenicia, una civilización tan gentil, tan elegantemente espiritual, tan maravillosamente artística como la de Egipto, las ilustres dinastías Aglabies hicieron principalmente de Túnez y de Kairuan, dos preciosas ciudades de traza exquisitamente arábiga y de fabulosa riqueza arquitectural.

Kairuan ha conservado más pura, más cerrada, más herméticamente, su antigua y austera tradición de ciudad santa, consagrada en el silencio, en el olvido y en el éxtasis, á la oración, al pensamiento único del Korán, el libro de Dios, al ensueño inefable de la poesía, de la tristeza, del recogimiento hecho de suaves melodías interiores y de mágicas prolongaciones ideales.

Túnez, que á más de ser encantada ciudad árabe, fué sede insigne de la dominación turca, con la fusión de estas dos civilizaciones musulmanas, tan opuestas en su esencia, en su médula, y sin embargo tan fascinadoramente bellas, ha adquirido, juntamente con la fina, matizada y delicadísima espiritualidad arábiga, esa pompa fulgurante, ese fausto suntuoso, esa exaltación de la magnificencia del carácter osmanlí, y es hoy, sin duda alguna, una de las ciudades más singularmente atractivas de la tierra, más llenas de esa profunda y desvanecedora embriaguez divina del Oriente.

En ese titánico movimiento de reconstrucción, de renacimiento, que estremece actualmente con ímpetu colosal á todo el mundo islámico, Túnez, es actualmente una cumbre luminosa, y su soberbia mezquita Ez-Zituna, cuya Universidad de estudios koránicos, rivaliza gallardamente con la famosa mezquita El-Azhar del Cairo, antigua y noble sede de toda la sabiduría oriental, sostiene y alienta con esfuerzo inaudito legiones inmensas de jóvenes *fekies*, que con el mismo ardor, con la misma llama sagrada que iluminó á sus padres del desierto, peregrinan incesantemente por las tierras del Islam, levantando las almas inmovilizadas, agitando frenéticamente los espíritus desmayados, predicando la buena nueva del resurgimiento de los días de oro, en que floreció prodigiosamente para perfumar la tierra, el génio único de los príncipes del Hedjar.

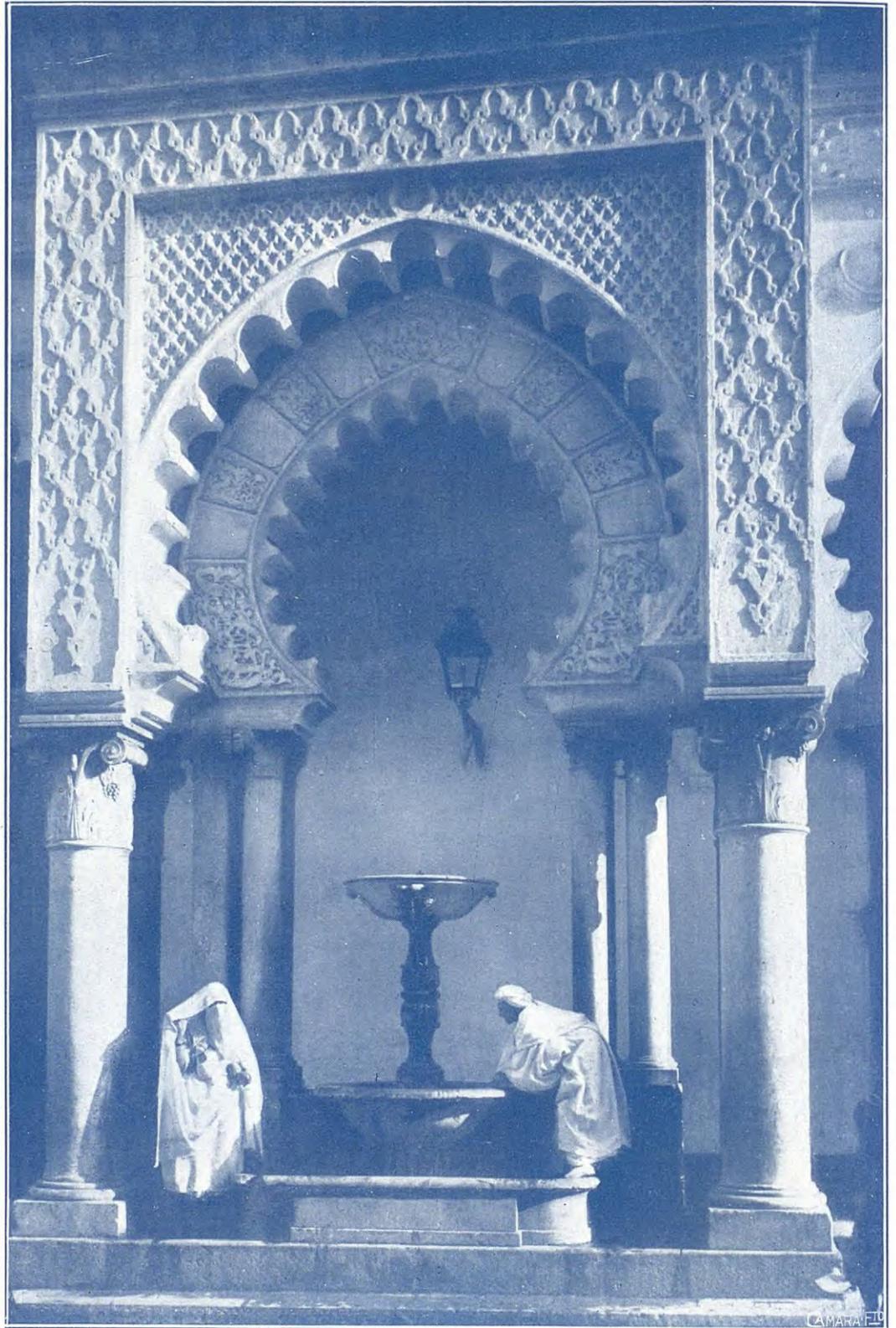
Todo en esta ciudad, hechizada y dominadora, que se levanta sobre las viejas piedras máximas de Cartago, tiene una hondísima sugestión indecible, pero nada atrae ni absorbe tan imperativa y al mismo tiempo tan dulcemente, como sus contrastes, lo imprevisto de sus magias, el secreto de sus encantos y la escueta y concentrada elegancia de su aridez.

Peregrinando por la extraña fiebre de las calles arábes y turcas del viejo Túnez, se penetra en vastos bazares orientales, en los que una luz velada, que es sombra transparente y fluida, recoge gravemente el espíritu y lo dispone al fondo y condensado goce espiritual de sentir, de amar todas las maravillas del Oriente, acumuladas como tesoros de fábula en el fondo de las tiendas centelleantes.

Tapices turcos, persas, bagdadies, telas de Abusul, de la India, del Egipto, armas, lámparas, perfumadores damasquinos, *muchsabies* de preciosas maderas labradas, incrustadas, caladas como joyas, todo tiene un valor supremo y absoluto, todo refleja una palpitación ardorosa y exquisita del genio oriental, todo representa un ansia viva y como angustiosa de belleza, todo dice con la expresión elocuente, evocadora y peregrina del arte, el ensueño esplendoroso, el amor trágico, la poesía desgarradora que agitó á los artistas musulmanes, creadores de toda esta fulgurante hechicería.

En cada calle de los bazares, un perfume distinto despierta infinitas sucesiones de imágenes y produce perturbadoras embriagueces, indecibles vértigos de sensualidad. Túnez es la ciudad de los aromas, y las rosas, los nardos, el áloe y el ámbar, son como los sueños que nos transportan al paraíso siempre fresco, siempre florido y siempre fragante, del cielo del Islam.

Saliendo de los bazares se entra en barrios acres, miserables, de un áspero y acerbo color de piel de fiera, en los que casas adustas, horribles, derrengadas, que diríanse próximas á



Fuente pública, de estilo aglabí, en Túnez

convertirse en polvo, hablan de la tristeza seca, de la amarga y desesperada desolación de una raza que parece agonizar y que resucita siempre ágil y plena de energías.

Junto á estas zonas de muerte, en las que apenas se oye el canto, semejante á un grito de angustia de los almuédanos, y el rumor lento y opaco de las alas de los cuervos, surgen repentinamente, y como por conjuro de un mago de la Kabala, jardines milagrosos de una frondosidad edénica, poblados de kioscos gentiles, de estanques lucientes, de pájaros gorgéantes, de arcos armoniosos, de fuentes laudas, de perfumes que sutilizan y elevan el espíritu como las alas de la felicidad.

Y de nuevo la aridez abrasada, que es sol vivo, que es una lejanía sin límites, que es una inquietud sin término, vasta y eterna como el dolor, y bruscamente, palacios de esmalte, perspectivas

ideales, faustos delirantes, pompas de alucinación.

Un viejo poeta árabe dijo en versos que tenían la profunda suntuosidad de los brocados de oro tunecinos:

Túnez es la vida y es la muerte.
¡Ciudad de los placeres y del dolor!
Ella tiene el cuerpo de una hurí y un alma desgarrada,
Ella nos atormenta y nos embriaga
Como una mujer ardiente y tristemente querida.

Todas las ciudades del Islam tienen un misterioso encanto que deja en el alma una huella inolvidable; pero ninguna quizá tiene una atracción tan ambigua y tan penetrante, tan dulce y tan aniquiladora como la Túnez de los almiares de oro y de las mujeres de ojos de condenación.